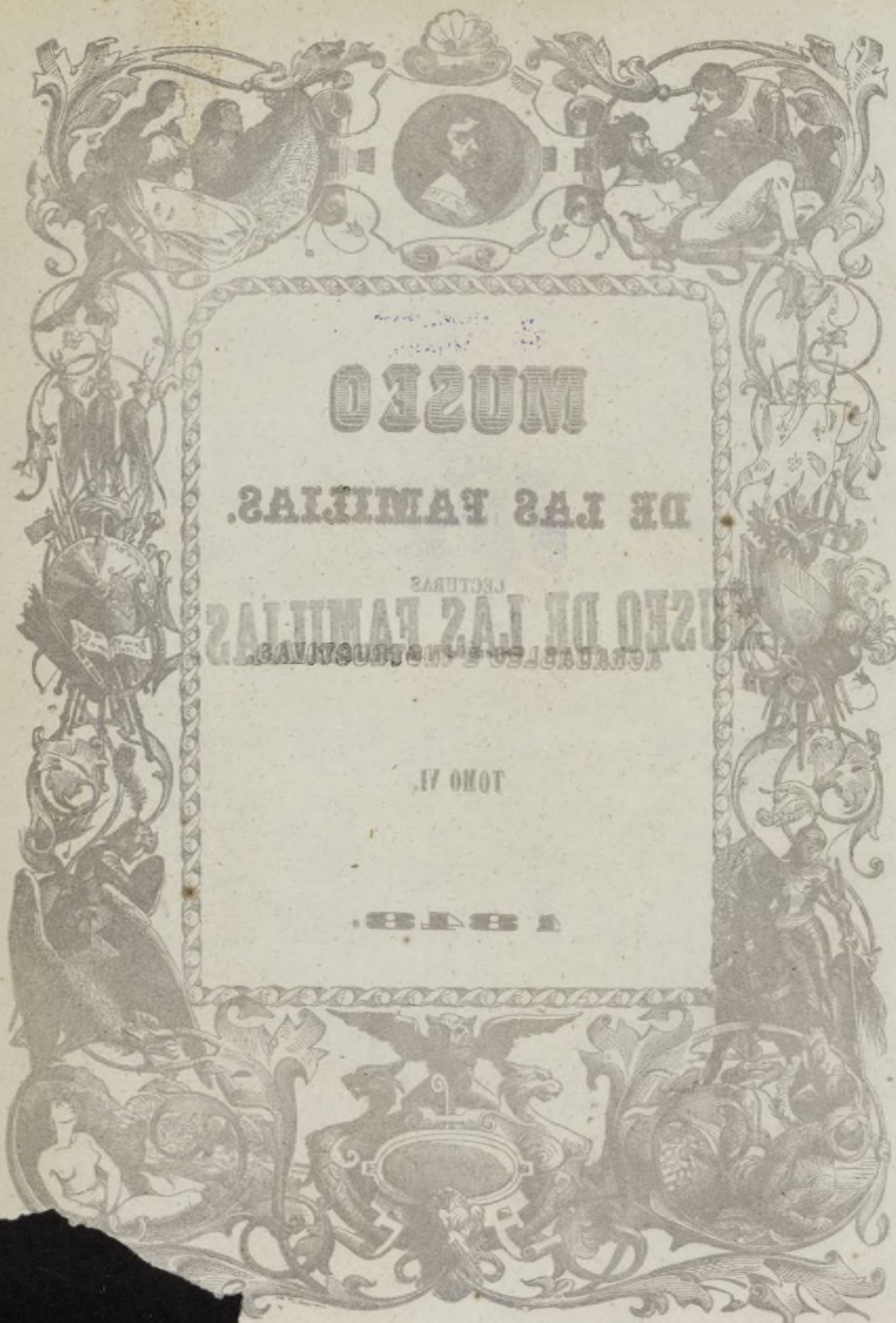




MUSEO DE LAS FAMILIAS.



ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO.
CALLE DE SANTA TERESA, NÚMERO 8.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MUSEO

DE LAS FAMILIAS.

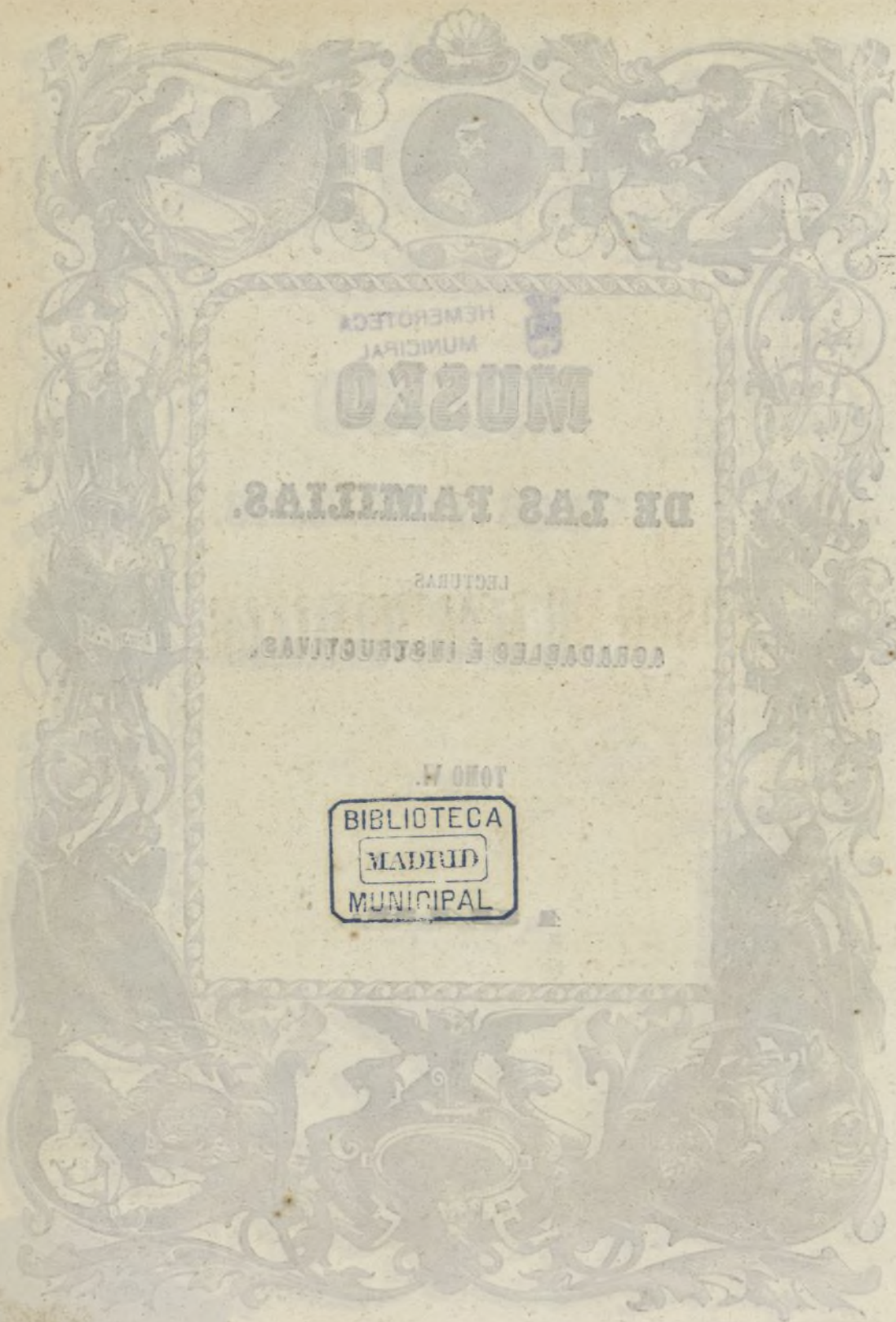
LECTURAS

AGRADABLES É INSTRUCTIVAS.

TOMO VI.

1848.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO
CALLE DE AGUA LEGUA, NUMERO 3



MUSEO
MUNICIPAL
HEMEROTECA

DE LAS FAMILIAS.

LECTURAS

ACORDABLES E INSTRUCTIVAS.

TOMO IV

BIBLIOTECA
MADRID
MUNICIPAL

MUSEO DE LAS FAMILIAS.

BIBLIOTECA
MADRID
MUNICIPAL

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID



LA REINA DOÑA JUANA CORTA EL CABELLO Á LA FAVORITA DE SU ESPOSO.

ESTUDIOS HISTORICOS.

LA REINA DE ESPAÑA DOÑA JUANA.

LLAMADA COMUNEMENTE LA LOCA.

I.

Uno de los monarcas de España, cuyo nombre ha figurado por mas largo tiempo al frente de los documentos y órdenes reales de su tiempo, ha sido el de doña Juana de Castilla, y sin embargo puede decirse que en muy pocas ó ninguna tuvo parte su voluntad, y que su nombre no era mas que una mera fórmula, para significar que la reina propietaria de España vivía, y cuando mas una deferencia compasiva que le tenían los que gobernaban en su nombre. Despues de la muerte de la reina Católica doña Isabel, su esposo don Fernando mientras gobernó el reino, encabezaba sus diplomas poniendo su nombre despues del de su hija; y el emperador Carlos V cuando por la imposibilidad moral de su madre tomó las riendas del gobierno de España, guardó esta misma fórmula, no solo porque así se habia mandado en diferentes cortes del reino, y porque ella era la reina propietaria, sino tambien por atencion y respeto, como lo mostró al renunciar sus estados en Felipe, á quien encargaba conservase el nombre de su desgraciada abuela al frente de los documentos públicos, para no causar la disgusto si lo omitía; aunque esto no tuvo lugar por haber muerto en aquel mismo año doña Juana.

Medio siglo conservó esta señora el título de reina propietaria sin contradiccion, y sin embargo, no gobernó ni un día. El cardenal don Fr. Francisco Ximenez de Cisneros y su padre don Fernando que mandaron como gobernadores durante la minoridad de don Carlos, ni éste en su largo reinado, jamás intentaron declarar su nulidad, aunque estaban convencidos de su incapacidad moral, porque para nada les estorbaba, ni la reina jamás se resintió formalmente porque no se contase con ella para las cosas de gobierno. Trastornada su razon á impulso de una pasion tan licita como violenta, pasó su vida como en una cárcel, y si alguna vez parecia sentirse de su poco lisonjera situacion, era para despues agravarla ella misma, pareciéndole que habia cometido un desacato contra su amor.

Por esta causa su nombre bajo el concepto político apenas figura en el catálogo de los reyes de España, y su gobierno es enteramente nulo. Pero fué reina de esta poderosa nacion, hija de los esclarecidos y grandes reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, y madre del valiente y noble emperador Carlos V, y los pormenores de su vida privada, las causas que produjeron su trastorno mental, y el fundamento con que se la llama la Loca, no pueden menos de interesar, mucho mas cuando puede considerarse á esta desgraciada señora, como egemplo triste de los funestísimos resultados que las pasiones violentas y llevadas al extremo tienen, siempre que no se las modifica y enfrena por la razon.

Doña Juana de Castilla, hija de los nunca bastante ponderados reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, nació en la imperial ciudad de Toledo á 6 de noviembre de 1479, y tan parecida á su abuela doña Juana, esposa de don Juan III de Aragon, (según asegura el P. Flores en sus Reinas católicas) que cuando sus padres la acaricia-

ban, en los transportes del cariño paternal, doña Isabel la llamaba su suegra, y don Fernando su madre.

Basta conocer el talento, justificacion y nobles sentimientos de la reina Católica, para comprender el esmero con que procuraria educar á una hija tan querida, destinada por su nacimiento y posicion á ocupar uno de los primeros puestos de la sociedad. La infanta por su parte correspondió á esta educacion esmerada con un amor y sumision estremada hácia sus padres, y con una aplicacion constante. Dotada de un talento claro y despejado, y de una imaginacion viva y ardiente, adquirió una instruccion no vulgar para aquellos tiempos; y particularmente en la lengua latina adelantó tanto, que el docto valenciano Luis Vives dice, que en cualquier materia que se la hablase en este idioma, contestaba de repente con una facilidad y soltura admirable.

A estas bellas dotes unia una figura esbelta é interesante, era el tipo de una verdadera española, lleno de dignidad y gracia, sus ojos negros, hermosos y rasgados, indicaban el talento y energia de su alma, á lo que acompañaban los modales dignos de la corte de Isabel, modelo de moralidad y pudor. Todas estas circunstancias unidas al poderio político de sus padres, constituian á doña Juana uno de los partidos mas ventajosos de Europa, que no tardaron en desear para si algunos principes. Los reyes Católicos no quisieron tampoco retardar su colocacion, y apenas habia cumplido diez y seis años, esto es, en 1495, ajustaron sus bodas con don Felipe, archiduque de Austria, duque de Flandes, de Artois y del Tirol, é hijo del emperador de Alemania Maximiliano I. Al momento se comenzaron los preparativos de partida con el lujo y magnificencia que convenia á la hija de tan poderosos monarcas; y en el puerto de Laredo se aprestó una armada de ciento veinte navios de alto bordo, en los que se embarcaron 15,000 hombres de guerra, sin contar la tripulacion. El mando de esta flota se encargó á don Alonso Enriquez, gran almirante de Castilla; por capellan mayor iba don Diego de Villaseca, dean de Jaen; y doña Teresa de Velasco esposa del almirante, era la encargada de servir y acompañar inmediatamente á la infanta. Los destinos de su casa y cámara iban servidos por damas y caballeros de la primera nobleza de España, como se vé por el catálogo que de ellos trae don Lorenzo de Padilla en su crónica de Felipe I. Las ropas, joyas y alhajas que habian de servir de adorno á doña Juana, se habian dispuesto con lujo y profusion.

Concluidos los preparativos, toda la real familia (excepto don Fernando que se hallaba entonces celebrando cortes en Aragon), se dirigieron por Almazan al puerto de Laredo, para acompañar y despedir á la infanta. Su augusta madre y el malogrado principe don Juan, fueron con ella hasta el navio, donde derramaron abundantes lagrimas, y se dieron las mas afectuosas muestras de amor; y el 19 de agosto de 1496, se hicieron á la vela, y doña Juana partió en busca de su futuro esposo. La navegacion fué próspera, mas al tocar ya las costas de Flandes, se levantó un temporal tan récio, que los obligó á guarecerse en el puerto de Toorlan en Inglaterra, y á detenerse allí algunos dias, en los que la ilustre viagera fué muy obsequiada de las damas y caballeros del pais, que acudieron á ofrecerle sus servicios y besar su mano.

Tan pronto como el temporal lo permitió, volvieron



a tomar la ruta de Flandes, y el 8 de setiembre desembarcaron en Ramna, puerto en las costas de Holanda, sin mas incidente que haberse perdido algunos adornos y alhajas de la infanta, porque la nave en que iba su recámara, encalló en un banco llamado el Monge. Se hallaba don Felipe entonces en Laude, villa del Tirol, y avisado de la llegada de su esposa, se dirigió a Lieja, donde encontró a doña Juana, que hacia ya doce dias que le esperaba en dicha ciudad. En el mismo dia celebraron su matrimonio, dándoles las bendiciones el capellan mayor de la armada, don Diego de Villascusa, y luego volvieron a Amberes, y de alli a Bruselas, para recibir las ovaciones y disfrutar las magnificas fiestas que los habitantes de aquellas ciudades habian preparado, y que duraron largo tiempo.

Don Felipe tenia segun la opinion general, una proporcionada y bonita figura, por lo cual merecio el sobrenombre de Hermoso; era gallardo y amigo del lujo, y doña Juana, que era naturalmente enérgica y estremada, concibió por él una pasión tan vehemente y decidida, que desde el momento que le vio le amó con delirio. Esta pasión crecía diariamente por el género de vida que hacian, y por el carácter mismo del archiduque, que como jóven y arrojadizo, gustaba de los placeres y ejercicios de armas, y estaban continuamente en saños, torneos y justas, en las que doña Juana, contemplando con orgullo el valor, destreza y gallardía de su jóven esposo, añadía constantemente pábulo a su extraordinaria pasión. Su marido eran todas sus delicias, y éste la correspondía con todo el ardor de sus pocos años, y la galantería de un príncipe; doña Juana se hallaba en el colmo de la felicidad conyugal, a la que se añadió muy pronto el placer de ser padres de doña Leonor, que nació en Flandes a 15 de noviembre de 1498.

Esta prosperidad continuaba sin la menor alteración en el año de 1500, cuando a 21 de febrero dió a luz en Gante un niño, a quien dieron por nombre Carlos, y que despues habia de llenar el mundo con su poder y su fama. Inercible fué el placer de todos aquellos estados, que a competencia se esforzaron en manifestar su júbilo por el nacimiento del príncipe heredero.

Mas la fortuna, que pareció desde entonces inclinarse todo su favor al niño que acababa de nacer, comenzó a preparar tambien los acontecimientos políticos, para terminar de un golpe con la felicidad de su madre, sumiéndola para siempre en la desgracia y desesperación. Aquel mismo año a fines de julio, murió el infante don Miguel, hijo del rey don Manuel de Portugal, último vástago en la línea masculina de los reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel, y por consecuencia la rica corona de España recaía en la archiduquesa doña Juana. Sus padres enviaron al momento a Flandes a don Juan de Fonseca, obispo de Córdoba, para que los felicitase en su nombre, y les intimase la necesidad de pasar al momento a España, para ser jurados como príncipes de esta gran nación, de que la Providencia acababa de hacerlos herederos. El obispo cumplió al momento su comisión, pero primero las ocupaciones del archiduque, y luego la preñez de doña Juana, les obligaron a detener el viaje hasta fines del año 1501, en que nació doña Isabel. Despues, hechos los preparativos, se resolvieron a ir por tierra cruzando la Francia.

Los reyes de esta nación los recibieron con el agasajo y muestras de cariño debidos a tan altos príncipes, pero el carácter fuerte y enérgico de doña Juana dió lugar a un pequeño disgusto, que les obligó a apresurar su salida para España. El dia de la Epifanía, fueron los reyes de Francia acompañados de sus augustos huéspedes, a oír misa solemne, y al ofertorio una dama de la reina se acercó a doña Juana, dándole una cantidad de dinero para que segun costumbre la ofreciese en nombre de la reina; pero la archiduquesa la rechazó con orgullo dán-

dola por única contestación: *yo no ofrezco por nadie*. La dama volvió con el dinero y la respuesta a su señora, que sintió gravemente este desaire y no solo lo manifestó en el acto, sino que se preparaba a devolverle desaire por desaire, no cediéndole la salida a su huésped. La archiduquesa con su natural perspicacia lo conoció, y sin darse por entendida, aunque vió que la real comitiva se preparaba para marchar, continuó quieta en la iglesia. La reina esperó algun tiempo en la calle, pero doña Juana se hizo la distraída, aguardó que todos se marchasen y luego sola se dirigió a palacio. Entre damas de tal clase no podian pasar desapercibidos ni perdonarse tamaños desaires, hechos a la persona real con menosprecio de la etiqueta y de las atenciones del hospedaje, y en consecuencia las cosas hubieran pasado mas adelante, si el archiduque no hubiera procurado disculpar a su esposa y emprender precipitadamente su marcha.

A principios del año 1502, entraron en España por Fuenterrabia, donde por orden de los reyes Católicos los esperaba don Bernardo de Sandoval y Rojas, que los condujo por Burgos, Valladolid y Madrid a Toledo, para donde estaba convocadas las cortes generales del reino, que los juraron príncipes herederos de España, el dia 22 de mayo de aquel mismo año. Sin detención pasaron a ser jurados en los reinos de Aragon y Valencia, a cuyo viaje les acompañaron los reyes Católicos, y a la vuelta de esta expedición doña Juana el dia 10 de marzo de 1503, parió en Alcalá de Henares al infante don Fernando, que despues sucedió al emperador Carlos V. en el imperio de Alemania.

El gobierno de sus estados no permitia a Felipe el Hermoso permanecer por mas tiempo en España, y tuvo que marcharse dejando convaleciente del parto a doña Juana, que aunque creía que la separación seria para muy poco tiempo, sin embargo, sintió extraordinariamente separarse de su esposo a quien tan ardientemente amaba. Su corazón apasionado, parecia sentir los estragos y males que aquella separación le causaria, y para que se quedase, fué necesaria toda la autoridad y ruegos de su madre, y el convencimiento de lo delicado de su salud. Desde esta fatal separación data la locura de doña Juana, que hasta entonces ninguna señal habia dado de este padecimiento, antes por el contrario, de una razón sana, de un talento claro, aunque si de una imaginación ardiente y de mucha temosidad en su carácter. Pero se la iba a herir en lo mas sensible y delicado, en su amor, y cualquiera que considere la vehemencia de los celos en una muger ciegamente apasionada, no extrañará el estrago que esta pasión causó en una reina, digna de mejor suerte.

Entre las personas que habian acompañado a doña Juana formando parte de su servidumbre, habia pasado a Flandes una jóven, cuyo nombre y familia no he podido averiguar, y que sin duda los historiadores han llamado por respeto. Aunque rubia, era de una belleza dulce y encantadora, de un gracejo seductor, de una viveza extraordinaria, y ademas no carecia de nobleza ni de talento. Su estancia en el palacio de los archiduques, hizo que Felipe de vuelta de España, y hallándose desahogado del vehemente amor de su esposa, fijase en ella su atención, la declarase su amor, y concluyese por apasionarse perdidamente de la rubia española, cuya espesa y abundante mata de cabellos dorados, habian cautivado el corazón de su dueño. Todos los cuidados de Felipe, todos sus favores y distinciones, comenzaron a tener por objeto a la bella española, que no tardó en sucumbir a la voluntad del archiduque, y la murmuración y la envidia, ocupación y alimento continuo de los palacios, no tardaron en apoderarse con ayidez de este acontecimiento, que muy pronto se comunicó a España y llegó a conocimiento de las personas reales.

Uno que en medio de un sueño tranquilo se sintiese

mordido de repente por una vibora venenosa, no podia sentir una impresion mas desagradable, que la que los primeros rumores de la infidelidad de su marido produjeron en el enamorado corazon de doña Juana. Apareció de repente demudada, su rostro revelaba al mismo tiempo rabia y tristeza profunda, su mirada errante, parecia buscar en el espacio un objeto, con el cual se conocia, sin embargo, que temia encontrarse; todo la incomodaba, huía de las personas que mas la habian complacido antes, y buscaba con afan la soledad, para lo cual se retiró á la Mota de Medina del Campo. Su idea ya no fué mas que una, marcharse en busca de su marido para volver á ganar su corazon y destruir á su rival, y de este modo desahogar la pesadilla horrible que desgarraba su apasionado corazon. Desde la Mota pedia sin cesar á su augusta madre la diese licencia para marchar á Flandes; pero la reina Isabel que estaba enterada de todo, que conocia á fondo el carácter vehemente de su hija, su pasion estremada por su marido y lo difícil que era conseguir que Felipe abandonase á su nueva querida cuando estaba en los primeros transportes de su amor; trató de detenerla en España, ya con el pretexto de su salud ya con la ausencia del rey su padre que estaba celebrando córtés en Aragon, y que amándola tan entrañablemente, sentiria muchísimo se marchase sin abrazarla. Las dos se ocultaban su verdadera intencion, la reina Católica queria ganar tiempo para ver si entretanto lograba separar al archiduque de su nueva pasion sin causar escándalo, y doña Juana deseaba á toda costa estar al lado de su marido para confundir á su enemiga.

Inútiles habian sido hasta entonces todos los ruegos de doña Juana para conseguir se la diese licencia para marchar, ni para decidir á su madre á preparar su viaje, y desesperada resolvió tomar por si una resolucion, aunque pareciese faltar á todos los deberes del respeto y amor filial. Dió las órdenes competentes para emprender la marcha sin contar con nadie, su equipage y familia estaba ya de todo punto dispuesto, cuando avisada doña Isabel de la resolucion de su hija, mandó detener los preparativos y envió á don Juan de Fonseca, obispo de Córdoba, para que la suplicase en su nombre que no partiese. Cuando el enviado de la reina llegó á la Mota, estaban ya prontas las mulas que habian de conducir el carruaje. Las mandó retirar, y sin pérdida de tiempo fué á ver á la princesa á quien encontró ya en la puerta de la fortaleza preparada, y en trage de camino. Con el acatamiento debido á su rango y persona, le hizo presente la orden de su ilustre madre y la instó para que volviese á su aposento; pero doña Juana no estaba ya para escuchar razones ni guardar consideraciones de ningun género, y en el acaloramiento de su exaltada imaginacion, no veia por todas partes mas que agentes ocultos de su enemiga y de su infiel marido, que trataban á toda costa de retrasar su marcha. Ofuscada por su acaloramiento desobedeció abiertamente la orden de su madre y se empeñó en salir á la fuerza, y aunque el obispo apuraba en vano sus ruegos, sus argumentos y su energía, no era posible detenerla. Entonces Fonseca mandó cerrar la puerta de la fortaleza dejando de la parte de dentro á doña Juana, que viéndose encerrada se puso furiosa, y dijo tantos denuestos, tantas y tan descompuestas palabras, que el obispo se marchó muy enojado, y aunque doña Juana le envió á llamar por medio de un gentil hombre de su cámara, llamado don Miguel de Ferrera, no quiso volver sino que tomó el camino de Segovia donde estaba doña Isabel. La princesa entonces quedó sumamente enojada y no permitió volver ni un paso atrás del sitio donde se encontraba, sino que se entró en un chirivital que allí habia que servia de leñera, donde tuvieron que servirla y hacerla la cama, porque fué imposible acabar con ella que volviese á su aposento ni que se tranquilizase.

El obispo dió parte de todo lo ocurrido á la reina Ca-

tólica, que á pesar de su delicada salud y de sus muchos negocios, fué al momento á la Mota, y con la autoridad de madre, que podia mucho con la princesa, logró apaciguarla, prometiéndola que al momento se la permitiria ir á reunirse con su esposo, *porque nunca Dios quiera, (añadió la reina) que mi voluntad ni la del rey vuestro padre, sea, como no ha sido, la de separaros de vuestro marido, y si otra cosa en este particular os han dicho, no la creais.* Estas palabras de la reina, que trae don Lorenzo de Padilla prueban que el origen del enojo y desvario de doña Juana, fué el que acabamos de indicar.

El rey Fernando, desembarazado ya de las córtés de Aragon, no juzgó prudente detener por mas tiempo á su hija, cuya tristeza y aberracion mental iban en aumento cada dia, y era evidente que el detenerla, lejos de producirle ningun bien, agravaria mas su mal estar, y así al momento mandó aprestar una armada en el puerto de Laredo y concedió á su hija permiso para que pasase á Flandes. Salió la princesa de Medina por marzo de 1504; pero todo parecia contribuir á su tormento, todo parecia combinarse para impedirle que se reuniese con su esposo. Llegada al puerto de Laredo, se levantó un temporal tan recio y constante, que no hubo medios de salir hasta dos meses despues, que fueron para la princesa dos siglos de tormento y desesperacion. Ya en fin de mayo logró hacerse á la vela, y con próspera y feliz navegacion llegó en nueve dias á Vergas, distante tres leguas de Brujas. Don Felipe salió á recibir á su esposa que en aquel momento manifestó mucha alegría y pareció enteramente olvidada de su justo resentimiento. Ambos se dieron mútuas pruebas de amor y satisfaccion; pero ambos abrigaban en su corazon dos fuertes y fatales pasiones, don Felipe el ardiente amor por la rubia española, y la princesa los celos mas rabiosos y desesperados. Desde Brujas pasaron á Bruselas donde fijaron su residencia por algun tiempo.

Todo pareció al principio quieto y tranquilo con la llegada de la archiduquesa, porque Felipe procuraba ocultarse todo lo posible, disimulando su pasion, que mal su grado no se escapaba á la penetracion de su esposa. ¿Y quién puede ocultarse bastante de las pesquisas de una muger locamente enamorada y furiosamente celosa? ¿Ni quién puede sustraerse á las miradas escudriñadoras de tanto palacio, que hacen por lo comun tráfico de los chismes, y explotan en su provecho los defectos de sus señores? Los mismos dependientes del palacio enteraban al archiduque del cuidado con que lo celaba su esposa, y ésta sabia detalladamente cuanto podia contribuir á irritar mas sus celos y carácter. Por uno de los mismos confidentes de su esposo logró saber, que una de las cosas que mas habian entusiasmado é inflamado el amor de Felipe, era la hermosísima y abundante cabellera de su rival, y le fueron indicados los sitios y hora en que solian verse y hablarse.

El sufrimiento de doña Juana habia llegado á agotarse enteramente, su amor habia empleado sin fruto todo su talento y recursos para ver si lograba separar á su esposo de tan criminal pasion, y sus celos contenidos por algun tiempo, no eran ya sino un frenesí violento que la martirizaba sin descanso; la rubia cabellera de su enemiga se le representaba como una ascua de fuego aplicada continuamente á su corazon, que sufría horriblemente. Ya habian mediado entre ambos esposos algunas esplicaciones, pero sin resultado alguno, porque Felipe ciegamente enamorado de la amiga, eludía las reconvencciones de su esposa y se disculpaba con frialdad. Aquel estado de cosas no podia durar mucho tiempo, las pasiones violentas no es posible contenerlas, Felipe tuvo un descuido, y doña Juana le sorprendió con la querida. La escena que siguió á esta sorpresa fué terrible, el escándalo cundió por toda la corte, y don Felipe tuvo bien que trabajar para contener en aquel momen-

to el furor de su esposa ultrajada. Doña Juana ya no pensó desde entonces mas que en la venganza, en la cual no comprendía á su esposo, que infiel como le habian visto sus ojos, le amaba sin embargo con delirio, su furor se dirigia solo contra su rival, contra aquella muger que le habia arrancado toda su felicidad. Sin embargo de que el temor de perder enteramente el cariño de Felipe, y de acabar de alejarle, contenian algun tanto á la princesa, sus celos eran mas poderosos, y el palacio de Bruselas era todos los dias testigo de pendencias, gritos y denuestos entre los esposos, aunque don Felipe reconociéndose culpado, trataba de disimular para hacer menor el escándalo.

Lacelosa é irritada doña Juana acechaba con cuidado la ocasion de realizar su venganza, y un dia que logró encontrar sola á su rival se lanzó á ella como el tigre sobre su presa, echó mano de unas bien afiladas tijeras de que siempre iba armada, y antes que la linda camarista pudiera apercibirse ya le habia cortado su poblada cabellera, y con sonrisa feroz y ojos desencajados contemplaba pendiente de su mano, la hermosa trenza de cabellos rubios causa del tormento que desgarraba su corazon. Los llantos y gritos de la jóven pusieron en movimiento á todos los del palacio, que acudieron apresuradamente al lugar de la lucha, y con mucha dificultad pudieron arrancar de las manos de doña Juana á su enemiga, en quien se habia encarnizado como una fiera llenándole la cara y pecho de arañazos, cardenales y golpes, é indudablemente hubiera concluido con su vida si tan pronto no hubieran acudido en su auxilio. (1)

Felipe el Hermoso, que como todos los demas habia acudido á los gritos y llantos, viendo despojada á su querida del adorno natural que mas le habia encantado, y su rostro y toda ella tan cruelmente maltratada, no pudo disimular su pasion ni contener su enojo, y prorumpió contra su esposa en palabras estremadamente duras y ofensivas, se olvidó de su dignidad y hasta de sus modales, trató á la infeliz como á la muger mas des-

preciable de la sociedad. Cada palabra era una nueva herida en el corazon de su esposa, que por toda contestacion le miraba con ojos sangrientos, y le presentaba los desordenados mechones de pelo rubio, que se habian enredado entre sus dedos crispados por el furor, y de cuando en cuando dejaba escapar una risa horrible; estaba loca, enteramente loca. Pero don Felipe entonces era bajo todos conceptos injusto: él con su amor criminal habia destruido de un golpe la felicidad de una esposa que no tenia mas delito que amarle demasiado, y tratándole de un modo tan duro é inconsiderado acababa de dar el último golpe á la razon débil de la princesa. La infeliz habia perdido el juicio, porque su imaginacion ardiente no podia sufrir que le arrebatasen su amor, su amor que era su vida y todas sus delicias. Su locura naciente no tenia mas que un remedio, que Felipe encontrando en su deber la correspondiese y amase; pero él tambien estaba loco, el amor violento enloquece, y lejos de buscar como debia el remedio á tan grave mal, lejos de compadecerse de su desgraciada esposa, la trató con un desprecio estremado, se separó de ella, y en mucho tiempo no quiso volverla á ver, ni cohabitar con ella. ¡Hasta qué punto conducen al hombre la violencia de las pasiones!

Estos desagradables acontecimientos llegaron muy pronto á noticia de la Católica reina doña Isabel, y le afectaron tan profundamente, que Albar Gomez asegura que el disgusto que le causaron agravó notablemente su enfermedad, y apresuró su muerte. Sin embargo, impulsada por el amor de su hija, y con el talento que distinguia á aquella noble y esclarecida señora, procuró conciliar algun tanto á sus hijos. Pero el daño era ya irreparable, doña Juana habia padecido tanto que su juicio jamás volvió á regularizarse. La reconciliacion entre esposos cuyas desavenencias han llegado á un extremo tal, muy rara vez cura completamente la llaga que la anterior infidelidad abriera. Así es que doña Juana volvió á unirse con su esposo, pero no recobró jamás la felicidad y tranquilidad perdida.

(La conclusion en el proximo número.)
JOSÉ QUEVEDO.

(1) Albarus Gomecius de Rebus gestis Francis Ximenez, fol. 46. vers.

GLORIAS DE ESPAÑA.

DON ENRIQUE EL DE LAS MERCEDES.

I.

Todas las turbulencias y horrores de la mas sangrienta guerra civil afligian á Castilla en 1369, empeñándola en una de aquellas luchas funestas en que llevado el encono de los partidos al mas alto grado de exaltacion, se hace imposible toda medida reconciliadora, y en que los infelices pueblos, cansados de sufrir, llegan al fin á desear con indiferencia que triunfe cualquiera de los dos partidos, con tal que asegure la tranquilidad de sus hogares. La guerra que entonces oprimia á Castilla, tenia ademas de este ominoso carácter, toda la ferocidad y el horror que acompañan á una contienda que no habian sido suficientes á evitar ni los vinculos de la sangre, ni la santa voz de la naturaleza. Dos hermanos se disputaban encarnizadamente el trono de Castilla. Don Pedro, único de este nombre, que habia sucedido á su padre don Al-

fonso XI de Leon y V de Castilla, y don Enrique, hijo tambien del mismo rey don Alfonso, pero habido, no en la reina su esposa, sino en doña Leonor de Guzman, noble y hermosísima señora. Las crueldades del rey don Pedro, aunque paliadas con el nombre de justicia, habian resentido á los magnates del reino, apartado de la corte á muchas personas de influencia y poderio, y apagado el entusiasmo con que todo el pueblo aplaudió el advenimiento de su rey. Solo á favor de estas causas pudo don Enrique acrecentar mas su partido de dia en dia, apoderarse de muchas ciudades de Castilla, y coronarse al fin en Burgos. Despues le fué contraria la suerte, y vencido en Nájera, tuvo que retirarse á Francia, de donde volviendo con un poderoso ejército, logró reconquistarlo perdido y fiar al éxito de una batalla la posesion definitiva de la corona. Los dos ejércitos ya estaban próximos á combatir, cuando, fuese deseo de evitar mas efusion de sangre, por medio de un convenio entre las dos partes beligerantes, fuese, como parece mas probable, á instigacion del caudillo de las tropas auxiliares, se proyectó una entrevista secreta entre los dos hermanos. Solo faltaba inclinar al altivo don Pedro á que consintiese en

tratar de negociaciones con su competidor, y el nuevo duque de Alburquerque, encargado de este asunto, hallándose á solas con el rey, le hablaba mañosamente en estos términos:

—Cuando vuestro hermano se ofrece el primero á conferenciar, yo creo que esta entrevista podeis, señor, concedérsela sin menoscabo de vuestra autoridad.

—¿Crees tú, dijo don Pedro, que no padece el lustre de mi corona, humillándome á entrar en negociaciones con un conde arrogante, con un bastardo, un vasallo rebelde á quien solo se debe recibir con las armas en la mano?

—Pero, señor, si él depuestas las suyas, quiere reconocer que vos solo sois el poderoso y justamente acatado de los pueblos, no os negareis á escucharle. Tal vez su ambición se haya disminuido á vista de los males de una guerra tan cruel y devastadora. ¿Quién sabe si esos extranjeros que vienen en su auxilio, exijan por precio de su cooperación algunas condiciones onerosas á don Enrique? Creedme, señor, cuando el príncipe se inclina á conferenciar con V. A. será sin duda para aceptar algunas honrosas condiciones, y no fiar su suerte al éxito de una batalla, que podrá ser para él tan funesta como la de Nájera. Con vuestro permiso mandaré entrar al enviado de don Enrique....

—No es necesario: ¿conoces tú al que viene con el mensaje?

—Es don Rodrigo Alvarez de Asturias, rico-hombre y señor de muchas villas en Castilla.

—Le conozco: que no se presente á mi vista, pues no seré dueño de reprimir mi enojo. Ese hombre desleal ha educado al conde, ha fomentado sus ideas ambiciosas y le ha hecho merced, aun en vida, de sus opulentos estados: ya le enseñaré yo cuales intereses debiera él defender, y á esos franceses que apadrinan á el conde, les recordaré los tiempos de Wamba, y les reproduciré la jornada de Roncesvalles, para que no estén tan prontos á intervenir en nuestras contiendas. Dispon que mi ejército se ocupe en la defensa de Montiel, pues quiero yo salir al encuentro á mi enemigo. Que el enviado vuelva al instante á sus reales, y si Enrique quiere verme, lo conseguirá: sea aquí, sea en el campo de batalla, siempre le haré ver que el trono de Castilla no tiene mas que un asiento y ese le ocupo yo.

II.

Un destacamento de caballería cruzaba el espacio intermedio entre el ejército de don Pedro y el de su hermano don Enrique. Aquella tropa que caminaba en el mas profundo silencio, se componia de dos pelotones de distintas armas y divisas, pero que seguian paralelamente el camino: dos ginetes, al parecer los gefes de la tropa, picando sus caballos de comun acuerdo, se adelantaron un buen trecho del camino, y entablaron así la conversacion, mientras que el resto de la gente les seguia á una distancia respetuosa.

—Aprovechemos los instantes, ilustre don Rodrigo, porque el deseo de que hablemos á solas un rato, es el que me ha obligado á incorporarme á la escolta que debe acompañaros hasta vuestro campo.

—Tengo yo tambien, contestó su interlocutor, la mayor satisfaccion, al conversar amistosamente con el noble Alburquerque, mi antiguo compañero de armas, y saber de él qué opina acerca de la entrevista que se prepara.

—La deseo, si con ella han de finalizar los males de la patria; mas ahora que os hablo en confianza, no dudo aseguráros que tendrá resultado poco favorable. El tiempo que hace sirvió al monarca me ha hecho estudiar y conocer su carácter; sé ademas hasta qué extremo

aborrece á su hermano; temo la explosion de su cólera y orgullo, cuando su encono se renueva al ver presente á su rival, y temo en fin que se ahoguen mutuamente al tiempo de estrecharse entre los brazos.

—No: que las circunstancias harán reprimir la indomable altivez de don Pedro. Bien conoce que su trono está próximo á hundirse, y que solo le restan por último apoyo tropas que pelean contra su inclinacion, y algunos señores poderosos á quienes el pundonor sostiene á su lado mas bien que el afecto á su persona.

—Por mi parte os puedo asegurar que permaneceré junto á mi rey, sea su suerte la que quiera. Este es mi deber y siempre miraré á don Enrique como á un usurpador....

—¿Usurpador! ¿Quién mas digno de ocupar el trono castellano, desde que la muerte arrebató al príncipe don Alonso, jurado sucesor de estos reinos? Doña Beatriz, jurada tambien princesa heredera, ha preferido el mongil velo á la corona, y las otras hijas de don Pedro, casadas con príncipes extranjeros, no es razon que trasmitan la diadema á los duques de Yorck y de Alencaestre. Don Enrique, al tomar las armas, hizo valer estos derechos, y no quiere sufrir la suerte de sus desgraciados hermanos, don Juan y don Pedro, asesinados de orden del cruel monarca. Tiene que vivir prevenido contra el que sabe corresponder á la lealtad de su palabra en los términos que correspondió al rey Bermejo cuando vino á ampararse de ella, pues toda Sevilla se acuerda de cuando don Pedro clavó su lanza en el pecho indefenso de aquel malaventurado rey, y luego mandó pasear por las calles su cabeza con las de 37 moros muy principales que con él habian venido. Ved si don Enrique tiene precision de atender á su seguridad y á la de tantos como se han acogido á su bandera, por librarse de las rapiñas y ferocidad de ese rey, renovador de los tiempos de Wilitza, y á quien ya apellidan el Neron de Castilla. En los diez y nueve años que lleva de reinado ¿qué género de crueldad hay que no haya ejercido? Las injusticias, el divorcio, las prisiones y aun los asesinatos, han hecho que sus vasallos le teman, pero que no le amen. Ya cansados de tanta opresion, aclaman á Enrique por su libertador, que ha sabido ganarse los ánimos con su generosidad ilimitada, y que no es tirano antes de ser rey.

Aquí llegaba don Rodrigo con su plática, cuando al subir á lo alto de un ribazo que se formaba en el camino, descubrieron muy á su satisfaccion todo el ejército de don Enrique, y aun percibieron el sordo murmullo, el relinchar de los caballos, y el belicoso ruido de las trompetas. Don Rodrigo Alvarez tiró de la rienda á su caballo y mostrando el ejército á su compañero, continuó así:

—Ya lo veis, mi querido Alburquerque, toda esa multitud desea vengar ofensas particulares, al favorecer á don Enrique. Aquel cuerpo de tropas auxiliares, en cuyo centro tremola el oriflama de Francia, viene reudillado por el célebre guerrero, el condestable Beltran de Guesclín, ansioso de vengar la bárbara muerte de doña Blanca de Borbon. A este otro lado podeis distinguir el árbol de Vizcaya, por estar allí don Tello en quien ha recaído el señorio, y mas allá se ven las insignias del señor de Villena y Peñafiel, futuro suegro de don Enrique. La flor de la nobleza se interesa por nosotros, los Guzmanes, Enriquez, Manriques de Lara y otros varios que me abstengo de nombrar, que aun se hallan en las tierras sujetas á don Pedro; pero en secreta inteligencia con su hermano.

En aquel sitio tenían que dividirse las dos escoltas, para emprender cada una el camino de sus reales. Dada la señal de la separacion, los dos señores se acercan para despedirse, y al darse afectuosamente la mano, pronuncian Alburquerque estas palabras:

—Vos, don Rodrigo, sabeis muy bien defender vuestro

partido; mas yo sabré tambien ser fiel á mis juramentos. Adios, señor: sigamos cada uno con arreglo á sus compromisos la desgracia ó la ventura de su rey. Los caballeros de Castilla, aunque opuestos en bandó, son siempre leales compañeros en seguir la senda del honor.

III.

Las pardas sombras de la noche cubrian el campamento de don Enrique, sin que la claridad de la luna y de las estrellas pudiese penetrar al través de las densas

nubes que encapotaban el cielo. Un viento impetuoso, recorriendo toda la campiña, venia á estrellarse en los altos muros del castillo de Montiel, queriendo estremecer sus vetustos torreones. Diferentes hogueras, esparcidas por todo el campo, calentaban á los soldados, que puestos en grupos al rededor, parecian inmóviles espectros alumbrados por la vacilante llama. El valiente caudillo de los castellanos, el rey don Pedro, se hallaba solo en la régia tienda de su hermano, y el ruido de sus inciertos pasos, acompañado de un extraño crugido que producian al moverse las choquezuelas de sus rodillas, era el único rumor que pudiera interrumpir el lúgubre silencio que allí reinaba. Caminandosin designio, sus miradas som-



brias parece que buscaban un objeto en que fijarse: á veces sus labios se entreabrian como para articular alguna palabra y solo se escapaban de su boca voces confusas y desordenadas. La soledad y el silencio de la noche aumentaban su exaltacion, que llegaba á su mas alto grado, cuando entraron á avisarle la llegada de don Enrique. Presentóse éste al momento sin llevar en su traje y adornos emblema alguno de soberanía; su traje era como el de la generalidad de los caballeros de la época, y únicamente llevaba cruzada al pecho una correa encarnada de tres dedos de ancha, distintivo de la orden de la Banda establecida por su padre don Alfonso. Beltran de Guesclin que le acompañaba, traia tambien banda blan-

ca sobre una dalmática azul salpicada de lises de plata.

Al verse los dos rivales, sintieron renacer su enemistad y envejecido odio. Hubo un momento solemne de silencio en el que permanecieron inmóviles, esperando cada uno á que el otro le saludase primero, mas en vano: los caballeros que acababan de entrar permanecian con la cabeza cubierta. Esta conducta acabó de irritar al altivo don Pedro, que acercándose como para reconocer á su hermano, despidiendo fuego por los ojos y asiéndole vigorosamente del brazo, le dijo con voz aterradora:

—¿Eres tú el bastardo que osatitularse rey de Castilla?

El movimiento convulsivo del brazo del monarca se comunicó á todo el cuerpo de don Enrique, que estreme-

cidologró desasirse, haciendo como un ademan de ponerse en defensa. Sea que don Pedro interpretase mal este movimiento y quisiese prevenirle, sea que ya no le cupiese mas la cólera en el pecho, al ver que había caído en el lazo y venido a ponerse en manos de su mismo rival, se arrojó prontamente sobre su hermano, pugnando por sujetarle entre sus brazos. Al ver asidos a los dos contendedores, se pusieron en actitud de defensa cuantos habían entrado en la tienda; pero esta demostración, hija del instinto de defensa personal, no tuvo ningun resultado. Nadie se atrevía a separar a los dos combatientes, ni sabía qué partido tomar en aquella lucha de que dependía el destino de toda la guerra. Solo Beltran de Guesclin, al ver que don Pedro había dado con su enemigo en tierra y que cayendo sobre él iba ya a lograr su venganza, empujó a don Pedro de modo que perdiere toda la ventaja de su posición, diciendo a los que censuraron esta conducta, aunque sin atreverse a impedirla.

—Ni quito rey, ni pongo rey, pero ayudo a mi señor. Entonces pudo respirar don Enrique, y sacando la daga que llevaba en el cinto, atravesar con ella el corazón de su hermano, que herido de muerte lanzó un grito lastimero, abandonó a su rival y quedó sin vida sobre el pavimento.

Desde aquel mismo instante don Enrique, conde de Trastámara, fué sin contradicción el rey don Enrique II de Castilla. Las aclamaciones de sus partidarios y las trompetas que resonaban en todo el campamento así se lo anunciaron; pero aquellas aclamaciones de júbilo producían un eco fúnebre en el fondo del corazón de don Enrique. Pasado ya el calor de aquel fatal combate en que era preciso morir ó matar, calmada ya la efervescencia de la pasión para dar lugar a la reflexión y al remordimiento, don Enrique al escuchar las aclamaciones con que sus partidarios saludaban su advenimiento al trono, volvió los ojos hacia el cadáver de su hermano que por tierra yacía, y al contemplar aquellas facciones que aun desfiguradas por la muerte conservaban mas que nunca la terrible expresión de su fiereza, exclamó dolorosamente:

—Dios mío, qué es la victoria.... qué es la corona a tal precio conquistada!

IV.

Para los pueblos de Castilla, tan necesitados de reposo después de una guerra sangrienta, la muerte de don Pedro no fué mas que el fin digno de su agitada vida, y aun se llegó a considerar como el merecido castigo del cielo. Así es, que sin contradicción los pueblos fueron prestando a don Enrique entera y gustosa obediencia. Rindióse al instante Montiel, y después las demás fortalezas que estaban por don Pedro, y la resistencia que en Madrid y en otras poblaciones hicieron los partidarios de aquel desventurado monarca, solo duró hasta que se convencieron de que don Enrique, haciéndoles justicia en el

fondo de su corazón, estaba muy distante de perseguirlos por aquella conducta que calificaba altamente como un modelo de lealtad.

Pero estas satisfacciones y los principios de un próspero reinado, no podían de modo ninguno calmar la agitación de don Enrique, ni aliviar las angustias de su corazón. Si obedeciendo al instinto de la propia conservación, pudo arrebatado por la cólera y la venganza, clavar su daga en el pecho de su hermano, el recuerdo de esta victoria es para él una amarga reconvencción, y diera la sangre de sus venas por libertarse del remordimiento que le escita.

Deseoso de aplacar los sangrientos manes de su hermano, fundó en Montiel un monasterio, é instituyó en él una comunidad religiosa que orase de noche y de día por el descanso eterno de su alma, y guardase su cadáver que años después fué trasladado a la Puebla de Alcocer. No trató de inquietar de modo ninguno a los que decididamente habían favorecido al rey don Pedro, y deseoso de volver a los descendientes de este rey la parte que podía caberles en la sucesión de la corona, trató el casamiento de su nieto don Enrique con doña Catalina de Inglaterra, hija de doña Costanza, primogénita del rey don Pedro. Recompensó a los franceses que habían venido como auxiliares, y a los grandes y ricos hombres que le habían favorecido en estos reinos, con tal liberalidad y tan generosa mano, que su nombre se ha perpetuado con el título de Enrique el de las mercedes, entre los de el noble, el caballero, el mayor y otros con que es conocido en las antiguas crónicas.

Distinguiase este rey por aquella prudencia de carácter que no escluye la rápida ejecución de una empresa bien meditada, y de ello dió relevantes prendas en los principios azarosos de su reinado. Hallábase entonces Castilla muy revuelta, muy dividida y llena de gente estrangera é indisciplinada. El rey de Aragón, so color de favorecer al reino, se había apoderado de Molina, Almansa y otras villas en la frontera de Aragón y Valencia. El rey de Portugal no disimuló que aspiraba a la corona de Castilla, desde que Zamora y Ciudad Rodrigo apoyaron su pretensión. El rey de Navarra también había traspasado las fronteras, y hasta el rey moro de Granada creyó era llegada la mejor ocasión de apoderarse de Algeciras.

A todo acudió el rey con ánimo esforzado: aplacó a los descontentos, reprimió las pretensiones ambiciosas, hizo respetar los límites de su territorio, lanzó de España a los estrangeros y proporcionó a los pueblos las ventajas de la paz. Por eso ellos agradecidos, le tuvieron no por el tirano, sino por el libertador de la España y no por el usurpador de la corona, sino por el que la había restituido su antiguo prestigio y su primitivo esplendor (1).

(1) En el tomo 5.º del MUSEO pág. 125, hemos publicado un artículo sobre don Pedro el Cruel, al cual sirve el presente de complemento.—(Nota del editor.)

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.



ESPAÑA CABALLERESCA.



LA TORRE DE LUJAN.

Ó PAVIA Y MADRID.

1524.—1525.

Toda historia tiene algo de novela.
Toda novela tiene algo de historia.

I.



s de noche. Las calles de París se hallaban desiertas. Dos hombres huían delante de otro que los perseguía espada en mano. Una mujer encubierta con una máscara y un largo velo se hallaba en medio de la calle. El hombre que había perseguido á los otros dos volvió donde se hallaba la mujer, la saludó cortesmente, y envainando su espada, la dijo:

—Ya queda castigada su villana pretension, que villanos muestran ser los que así corren despues de cometer la bajeza de insultar á una muger!

—Mil gracias, caballero, contestó la misteriosa encubierta, por tan cortesana accion.

—Permitidme, añadió el caballero, que os vaya sirviendo hasta vuestra casa.

—Vivo muy cerca de aquí...

—Pero es de noche, dijo instando vivamente el caballero, y á estas horas... pueden aun facilmente volver esos malvados, que la noche hace insolentes á los cobardes, y sois muger.

—Dejadme sola por favor, caballero, os repito que vivo muy cerca y me importa llegar recatada á casa...

El caballero intentó levantar la punta de la máscara que encubría su rostro, pero ella con un acento indignado y de autoridad le dijo:

—¡Caballero!

—Misteriosa desconocida, prosiguió sin turbarse el hombre, dejadme un solo instante ver vuestro rostro, que he adivinado al través del tafetan que lo encubre que debe de ser muy bello. Os juro que seré discreto, y pues vengué vuestra ofensa concededme en premio que os conozca.

—El respeto que se debe á una muger, puso en vuestras manos el acero para castigar á esos villanos que osaron detenerme, villano seréis tambien si por ello exigis recompensa, que por premio á un caballero le basta con obrar bien.

—¿No os mueven, señora, mis reiteradas súplicas?

—No.

El caballero entonces con voz firme y agarrándola del brazo la dijo:

—Entonces os diré yo quien sois! Pronunciaré vuestro nombre, por que lo conozco bien, y os revelaré que vais á buscar á un hombre! Por mas que ese tafetan cubra vuestras hermosas facciones, he leído en vuestros bellos ojos que sois Susana San Roman, que en palacio...

—¡Caballero! gritó llena de angustia la muger.

Sin cuidarse de su terror prosiguió el hombre:

TOMO VI.

—Es dama de la reina madre. Vuestro padre se llama Langefeld, capitán al servicio de Francisco I en Italia. Ya veis que os doy detalles.

—¡Dios mío! exclamó Susana pudiendo apenas sostenerse en pie.

—Oid hasta el fin! prosiguió implacable el hombre que tan bien conocia su secreto. Dos meses han transcurrido desde que habeis jurado amor de esposa á un caballero, á Ponthus de San Roman.... Apenas ha alichecho habeis salido sola y á pie, cubierto el rostro con un velo sin que os asombre la noche; jécen ven recien desposada correis loca de amor en pos del amor de un hombre, y ese hombre á quien habeis rendido vuestro corazon, vuestra alma, vive Dios que no es vuestro marido, sino el duque de Borbon que ha llegado esta misma tarde á París, y venis á la cita que os ha dado.

Perdida se vió Susana, y no la quedó mas recurso que apelar á la caballerosidad de aquel hombre, apelacion que en aquel siglo de galanteria y cortesania no era nunca invocada en vano, y así haciendo un esfuerzo le preguntó:

—¿Sois noble?

—Y de los de mas fama, dijo el hombre descubriéndose.

Susana reconoció en él al almirante Bonivet, uno de los caballeros mas principales de Francia. Creyóse salvada.

—Bonivet el almirante! exclamó, joven, cortés, noble y caballero no perderéis á una dama.

—Aborrezco al duque de Borbon, os lo digo sin rebozo, pero leal enemigo no abusaré de esta ocasion, en que solo envidio su suerte por ser dueño de vuestra hermosura.

—Preciso es que me escuchéis, pues aunque no seais mi juez podeis perderme pero jamás calumniarme. Verdad es que vengo esta noche á hablar al duque de Borbon, pero mi amor es puro, santo, y nadie podrá condenarlo. Cuando mis ojos se abrieron al mundo por la vez primera, vieron la primera sonrisa en el rostro del condestable. Nunca descansé en el seno de una tierna madre. Mi infancia se pasó entre el estruendo de la guerra, en los campos de Italia, morando en los campamentos con mi padre que seguia las banderas de Borbon. El duque acogió con paternal y noble afecto mi desvalida infancia, pasé mis primeros años en el castillo de Moulins, en los estados de Borbon, al lado de la duquesa. Murió por desgracia muy presto mi bienhechora, y sentí entonces palpar mi corazon, á mas de agradecimiento, de amor por el condestable. ¿Y qué muger no amaría á tan galán caballero, héroe por sus hazañas que celebra la Europa, igual á los reyes por su nacimiento? He combatido dia y noche mi pasion, he venido huyendo á París del hombre á quien adoro. La duquesa de Angulema, madre de Francisco I y quemada que él gobierna el reino, me ha recibido entre sus damas de honor....

—Y desde entonces ha un año, dijo Bonivet, juro á fé de caballero, sois un modelo de irreprochable virtud y modestia, y ¡vive Dios! que en palacio es mal ejemplo.

—En palacio encontré al caballero San Roman protegido del duque de Borbon. La duquesa de Angulema, y mi padre han pretendido le diese la mano de esposo, y sin concederme tiempo de conocerle, de hablarle, me han hecho contraer este matrimonio. Desde entonces como honrada, en público y en secreto cesé de tratar al duque que

había muerto para mí. Además el duque de Borbon ha estado un año ausente en su gobierno de Languedoc hasta estar de nuevo en que ha vuelto a París.

—Nada hay en vuestro amor que ofenda al cielo y al mundo. Envidio la suerte de Borbon. ¿Quién podrá culpáros de amarle en estos tiempos? La condesa de Chateaubriand ama á Francisco I, y aunque el vulgo la nombre con dictérios infames, la corte y los caballeros la llaman el sol hermoso de Francia. Ni ¿quién podrá condenar que no ameis con extremo á un hidalgo de provincia que no empieza, mal por Dios, pues no ha descubierto cuanto os ama el duque, y que con su tranquila ignorancia encubre grande ciencia, que en la corte se medra, viendo y callando.

—¡Silencio! repuso indignada Susana. No calumniéis al mas noble caballero. Mi amor, os lo juro, para él es un misterio.

—Los honores, las mercedes, replicó con tono irónico Bonivet, que le dispensa el duque de Borbon, ¿los juzgo acaso premio de sus merecimientos?

—Podré ser culpable, pero respeto á mi marido y me esfuerzo por amarle, y....

—¡Estupendo es el que salgais aside noche, con el rostro tapado á hablar á solas al duque de Borbon de vuestro arrepentimiento; ¡ja! ¡ja! y soltó una irónica carcajada.

—Verle por la vez postrera era mi intento, y arrancar despues, si me es posible, de mi corazón su imagen. Sabeis que se halla concertado su matrimonio con la reina madre, que este enlace va á verificarse muy pronto, por que la reina está enamorada, y aunque el duque mira su amor con alto desprecio le dará la mano por que el rey se empeña en ello. Resignada veré esta union que aborrezco, por que servirá para la elevacion del condestable. El duque echará de menos en su esposa, belleza, juventud, gracias, pero en cambio llevará la reina ciudades y muchos feudos.

—No es mañana cuando se ha de casar el duque.

—¿Quién sabe? quiero darle mi parabien, y aunque mi amor al duque es, lo repito, puro y santo, si la reina lo supiese estaba perdida, por que una reinacelosa no perdona. He puesto mi honor en vuestras manos. Sois noble, y sereis discreto.

Soltó una maligna carcajada Bonivet diciéndola:

—No podiais, ¡vive Dios! haberlo puesto en mejores manos.

En aquel momento la duquesa de Angulema, salió de un sitio donde se hallaba oculta, acompañada de dos personas á quienes hizo una señal con la mano para que se retirasen, lo que verificaron á cierta respetuosa distancia. Llena de rabia, que envano intentaba reprimir, cogió con violencia el brazo de Susana, que quedó petrificada de terror.

—No retracteis, la dijo, lo que de vuestra boca he oído. Allí estaba escondida, y el eco de vuestras palabras ha resonado en mi corazón, como el trueno en la concavidad de los montes. Habeis caído en el lazo que os había armado.

Lanzó Susana una mirada de desprecio á Bonivet y le dijo:

—¡Me habeis vendido, pérfido, mal caballero!

—La pérfida sois vos, dijo la reina sujetándola siempre por el brazo, la que recién desposada se ha burlado de sus juramentos, insultando á su marido y á mí también.

Y despues volviéndose al almirante Bonivet le dijo:

—Para que quede desmentida la noticia de mi enlace con el duque de Borbon, quiero que mañana mismo en nombre del rey y mio, presenteis en el parlamento la demanda reclamando los bienes y señorío de la duquesa Susana, difunta esposa de Borbon. Era sobrina del rey y nos pertenece su herencia.

—Os prometo desde ahora, contestó Bonivet, que se

adjudicará al estado cuanto ha heredado el condestable.

—Así quedará arruinado, pobre como un hidalgo de provincia, dijo la reina.

—Señora, replicó Susana, si es culpable mi pasión, castigadla en mí y no en el duque. Aquí tenéis mi cabeza, haced que la corte el verdugo, porque quiso el destino que yo, miserable criatura, olvidando mi oscura condicion, osase levantar mis ojos, loca de amor, hasta el duque, hasta él, á quien dan alteza por su régio nacimiento, yo hija de un pobre capitán: hasta él que está en la cumbre del poder y tocando al trono; yo en el fondo del abismo, en la muchedumbre, hasta él que se remonta como el águila imperial en los aires; yo que me arrastro en el fango como un despreciable reptil! Ved, señora, si podrá haber esperanza en mi amor, cuando ni aun es posible medir la distancia que separa á los dos!! La ausencia de un año, os prueba que se cuida muy poco de mi pasión, que ni aun se acuerda de mí.

—¿No os ha dado una cita esta noche? dijo la reina, respondedme?

—Yo la he solicitado con instancia.

—No faltará á ella el duque, porque es muy galante. Le hablareis delante de mí. Pasaré por criada vuestra, por lo que querais. Oculta con mi velo podré presenciadlo, oírlo todo. ¡Si el condestable os ama, temblad por él y por vos!!!

Separóse la reina madre detras de Susana.

Pocos momentos despues llegó el duque de Borbon, seguido de varios de sus criados á quienes hizo retirar. Acercóse á donde estaba Susana, descubrióse, besando cariñosamente su mano.

—Hermosa Susana! la dijo, permite que bese tu mano quien vive solo de amarte, mas reparando en la reina madre interrumpióse bruscamente preguntando: ¿y esta muger? yo contaba con hallarte sola.

—Soy una amiga que la acompaña, de quien fia todos sus secretos, y que la quiero cual madre, contestó la reina fingiendo la voz.

La infeliz Susana, se vió obligada á hacer un signo afirmativo con la cabeza. Asegurado el condestable continuó:

—He llegado esta tarde misma de Borgoña. El rey me aguarda con impaciencia, pero mi primer anhelo ha sido venir á hablarte; tú tan soloceres mi reina! ansiaba oír tu dulce voz, ver tus bellos ojos, en que se retrata tu pasión, y que tus labios me sonrian con la sonrisa de un ángel. Amor de mi vida! ten compasión, y si quieres que mi nombre; y que mi fama pase á los siglos futuros, no con tus desdenes acabes con mi existencia. Lejos de tí, nada me alega, nada me ocupa, y si tu ausencia se prolonga concluiré con mi vida. He abandonado el gobierno que me confió el rey, y ya nada, nada me separará de tu lado. Entremos en esta casa que he preparado para nuestra entrevista, y allí solos, ¡bien de mi alma! que yo te escuche y te hable, que aquí tendré celos de que el aire cuando amores me digan tus palabras, melas robe envidioso, y de que esa luna que camina entre las nubes, al contemplar mi ventura detenga envidiosa su marcha!! Entremos.....

Susana cuya situación era terrible, esforzóse en resistir suavemente, procurando cesar de los brazos del duque que había ceñido con ellos su delicada cintura.

—Duque de Borbon! le dijo, es muy tarde, y el rey os está aguardando.

—El rey, bien puede aguardar! ¿Porqué quieres tan pronto privarme de que te mire, de que te hable? seis meses hace que sin cesar te estoy rogando porque llegase este feliz momento.

—Que cortés sois, respondió Susana, cuyo embarazo cada instante era mayor. Cuando venis rogado é importunado por mí, os dais el aire de un amante que solicita una cita. ¿Sabeis que el que os oyera no creería que venis

aquí por mis ruegos, y que por muger y por dama no habeis querido desairarme?

—Vive Dios! amor mio, que no te comprendo. ¿Tú verte despreciada, tu obstinada á mi rogarle?

—Sí, respondió friamente Susana, os queria rogar que continuáseis vuestras bondades á mi marido.

—¿Y para eso, esclamó admirado Borbon, y para eso solo me has llamado, y hecho venir desde Borgoña?

—Para eso solo! respondió, casi desfallecida Susana. ¡Perdonadme!!

Ofendióse el duque de Borbon con tan fria respuesta.

—Muger ingrata, si te has causado de mi amor, ¿era preciso para decírmelo que yo estuviese delante? Si tanto pierdo con tu amor ¿era preciso que añadieses el ultraje de obligarme á oír de tus labios la sentencia que me mata? ¡Qué mal has sabido pagar mi amor! ¡Por qué te truecas así, muger aleva, y mudable!!

Susana al ver el apasionado dolor del duque, casi se olvida de que la observa su implacable enemiga, quiere hablar para justificarse; pero sus palabras espiran en sus labios, y solo puede decir á su amante:

—Por piedad, no, no habeis así! ¡Soy inocente!

—Habla, dijo el duque que esperaba con impaciencia su justificación, ¿no estamos solos aquí?

—Solos, sí, solos! murmuró con voz alterada Susana.

—Amarte, cual nunca ha amado ninguno, respirar contigo el aire que tú respiras, Susana, es mi ventura única. De cuantas bellas pretenden cautivar micorazon, tú sola eres hermosa para mí, solo me agrada tu talle, no hay ninguna, Susana, que te iguale en donaire y brio; cuando me miran tus ojos inflaman mi sangre, y hasta de noche en mis sueños veo tu hermosa y gentil imagen....

Alarmada Susana le interrumpió:

—Silencio! Dios mio si llegase á oíros alguno!

—¿Por qué quieres hermosa de mi vida que oculte mi pasión? El poder del cielo y del infierno juntos no serán bastantes á hacérmelo ocultar. ¿Quiéres acaso que calle por que el rey ha formado el empeño de casarme con su madre?...

Por un movimiento involuntario Susana colocó su mano en la boca del duque para interrumpir la frase que iba á pronunciar, pero éste separándola continuó:

—No hay por qué me tapes la boca: ante la Francia toda, diré que no quiero casarme con una muger que en años puede ser mi madre, y que en vano intentará encubrir sus grises cabellos con una rica corona.

Susana comprendió que herido el amor propio de la reina ya nada tenia que esperar, que estaba perdida sin remedio, que el seguir disimulando solo podia servir para dejar en dudas sobre su amor al duque, y así con valor dijo:

—No mas cobardía, no mas humillacion! Habeis despedido mi valor, duque de Borbon. Tiempo es ya de que os hable la verdad desnuda. Os amo con el amor de una muger delirante. Ni el haber huido de vos, ni el haber fingido desdenes, por que me olvidéis á mi pesar, han bastado á apagar este amor que discurre por mi sangre, activo, ardiente, inextinguible, eterno, que es á la vez el tormento y la delicia de mi alma, que me ha hecho olvidar la fe jurada á mi esposo en los altares. He luchado y he luchado en vano, he sido vencida en el combate. Yo sé que me adorais. Sabed vos que os correspondo amante. Esta confesion es mi muerte. Es vuestra ruina. ¡Venga la muerte ahora! ¡ved delante nuestro enemigo, nuestro juez!!!

Y al mismo tiempo señaló á la reina madre, que pálida de ira y de despecho arrojó el velo con que cubria su semblante, y llamó á Bonivet y sus gentes que acudieron con antorchas que iluminaron una escena difícil de describir.

Mudo de sorpresa quedó el condestable, que com-

prendió en aquel momento la cruel tortura que sufría Susana durante su entrevista. Rompió el silencio la reina madre, pudiendo apenas pronunciar con la cólera estas palabras:

—¿Habeis concluido ya de ofenderme y de ultrajarme?

Yo que por dar gusto al rey queria casarme con vos, haciendo que con esta union cesasen los litigios de Angulema y de Montpensier, alzándoos hasta mí; á cambio de tanto honor solo me volveis ultrajes? ¡Habeis olvidado que soy la reina, y os habeis acordado que puedo ser por mi edad vuestra madre! Bonivet, acompañaime á palacio. Yo os guardaré vuestra preciosa conquista, pues es una de mis damas, y Dios pague sus servicios! La entregaré á su marido cuando él me la reclame. Entre nosotros solo cabe de hoy mas guerra á muerte. Preparaos. Os veré en palacio si es que os place el ir allí, que por cierto no os dais gran priesa, aunque el rey os está aguardando.

—En palacio me vereis, señora.

—¿Allí hallareis á la reina?

—Que el cielo os guarde! dijo Borbon inclinándose delante de la reina madre, que marchó acompañada del almirante Bonivet y de Susana, que pálida y temblando se hallaba en la mas cruel agonía.

Preparábase el duque de Borbon á seguir á la reina madre á palacio, cuando sus gentes trajeron á su presencia á una muger anciana á quien conducian á empellones y llenándola de dicterios.

El duque de Borbon reprendiéndole tan inhumano proceder, preguntándole porquela maltrataban. Pomperan, el escudero del condestable, le contestó:

—Mientras vuestra alteza hablaba aquí con una dama, vuestros criados, señor, que se hallaban en la plaza inmediata divertidos en mirar como los de la justicia del rey, ponian la horca para unos reos que han de ejecutar mañana, llegóse á ellos esta hechicera italiana, bruja vil, que Lucifer ha lanzado desde el infierno, y reparando en nosotros vuestras armas y colores, nos ha pronosticado que nos aguarda á todos igual suerte, amenazando con infames conjuros vuestra noble existencia. Permitidnos que por justo castigo la llevemos á una prision.

—¿Por piedad, oidme antes una palabra! exclamó la anciana.

—Nunca he creído en predicciones y agüeros, buena vieja, dijo el duque.

La anciana entonces pasó sobre su frente la mano como para buscar y reunir sus ideas, y con feroz alegría y tono de inspiracion, dijo:

—Mi sangre vertiste un dia, verdugo infame de Italia. Carlos de Borbon, tu has sido el destructor de mi raza. Mis hijos, victimas de los asesinos que tú has conducido á Milan, te maldicen por mi boca y piden al cielo venganza! Hoy la hechicera italiana, como en insolente burla y por mofa me llaman tus criados, va á anunciarte como á ellos tu horóscopo! ¡Tu opulencia, tu nobleza se trocará en miseria y en infamia! ¡El deshonor y la afrenta cubrirán, Borbon, tus armas! ¡Sobre tu brillante escudo, caerá la negra mancha de los traidores! ¡Apurarás las heces del caliz del infortunio! ¡En tus oídos resonará de continuo el clamor de la agonizante Italia! ¡Ya el brazo de Dios se alza y prepara un grande ejemplo en su justicia divina! ¡Maldito mil veces seas, verdugo cruel de Italia! ¡El deshonor y la afrenta mancharán, Borbon, tus armas!

Indignado el duque, mandó á sus gentes que alejasen á aquella muger á quien creia una loca. Lleváronse los criados, pero ella gritaba sin cesar, haciendo aun oír desde lejos:

—¡El deshonor y la afrenta mancharán, Borbon, tus armas!!!

Adversa se manifestaba la suerte al condestable desde que habia llegado á Paris. Sorprendido por la rei-

na madre en la cita de sus amores. Luego una vieja loca con maléficos conjuros habia pretendido atraer sobre su cabeza un cúmulo de infortunios y desgracias. Hombre de valor y de firmeza, rechazó los presentimientos que se le ocurrían y se dirigió a palacio donde el rey Francisco I le aguardaba.

Pocos pasos habia andado, cuando se vió detenido nuevamente. Dos hombres embozados pretendían hablarle. El uno de ellos venia vestido de todas armas, y sus botas llenas de polvo indicaban que habia andado una larga jornada. Descubriéronse ambos. Quedó sorprendido al pronto el duque, que se adelantó hacia ellos.

—¡Aquí el mariscal Lautrec y el intendente del rey Semblanzay! Lautrec, el general de los ejércitos de Francisco I en Italia ¿como venís sin su orden? mas cualquiera que sea el motivo que os ha hecho volver a Francia, contad con mis bienes, mi espada y mi persona.

—Mi ejército que por despojos ha dado a la Francia todo el Milanésado se ha perdido enteramente, y de esta desgracia tiene la culpa la corte.

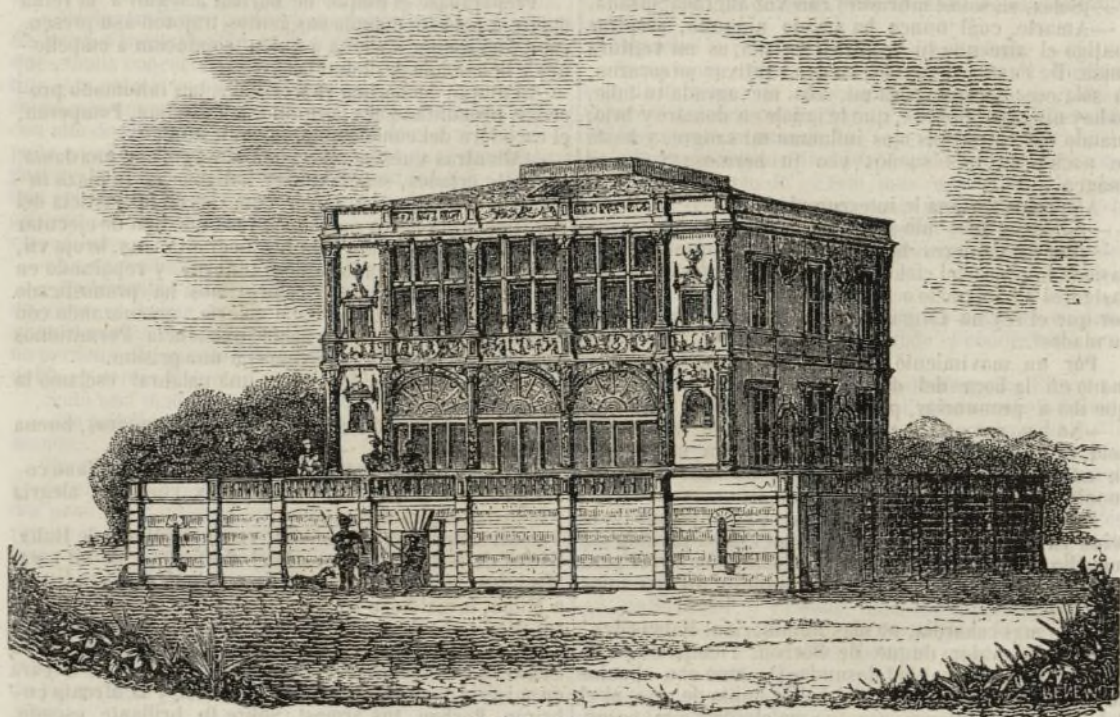
—Sabeis, dijo el intendente Semblanzay, que la reina madre aborrece de muerte a la casa de Foix. Lautrec desciende de ella, y para atajar sus victorias hizo la

reina que le entregasen cuatrocientos mil escudos que el rey mandaba a su ejército.

—Entonces me he visto, dijo Lautrec, abandonado, perdido. Los suizos pedían sus pagas, y viendo que no habia dinero volvieron sus armas contra mí pasándose a los españoles que los pagan puntualmente. Los venecianos que estaban ligados con un pacto solemne a la Francia han desertado de un campo falto de recursos. Entonces los españoles han acosado, acometido y vencido a los nuestros en todas partes.....

Una lágrima corrió por el tostado rostro del mariscal. El duque apretó su mano con el mayor afecto, diciéndole:

—¡También contra vos, Lautrec, ha vuelto su saña esa corte que pretende concluir con cuanto noble y grande hay en Francia! Esa corte que consume en las orgías el sudor y la sangre de los pueblos! ¡Ya no se cometen en secreto los robos y las rapiñas, sino en público, dedía, del modo mas insolente! Los cortesanos han entrado a saco el tesoro público, y la reina madre es quien los anima y dirige! Mientras mueren de hambre en Italia los soldados, en palacio hay bailes y festines! y con su armonioso eco, se sofocan los ayes y gemidos de



PALACIO DE FRANCISCO I.

los valientes. Si se les pide justicia, vuelven desdenosos la espalda, porque hoy solo se escucha a mugeres, y el rey hace madrigales a adúlteras cortesanías, mientras los españoles le roban provincias enteras! ¿Qué pruebas tenéis de esta acusación?

—El recibo que de aquella cantidad me dió la reina madre, y que conservo, contestó el intendente.

—Id por él al punto, replicó el duque.

—Mandaré por él a mi hijo.

—Haced que le acompañen dos hombres de armas de mi comitiva, pues todo es de temer en estos tiempos, aunque nadie haya sabido aun la venida de Lautrec..... Ahora venid conmigo los dos. El rey me está aguardando. ¡Yo haré temblar a la reina madre!!!

II.

Apenas eran las doce de la noche. La prodigiosa claridad que arrojaban las ojivales ventanas del palacio de Tournelles, y el armonioso eco de la música que se oía desde lejos en medio del silencio de la noche, revelaban que en aquella morada del rey de Francia se daba un magnífico festín, cosa muy frecuente en los tiempos de Francisco I, a quien la historia ha conservado el renombre de galante y caballero. Hallábanse reunidas en aquel baile la flor de las damas y caballeros de Francia. La repentina llegada del duque de Borbon, era el objeto de las animadas conversaciones de todos los cortesanos. Presentian algunos su desgracia, temían muchos, mi-

rabarle con envidia todos. La reina madre, la duquesa de Angulema, estaba en conversacion con Bonivet, y aunque en su semblante afectaba alegría y serenidad, una sombra de mortal inquietud cubria su semblante, hermoso en otro tiempo, ajado hoy por los cuidados y la edad.

—¿Me dais palabra, Bonivet, de que el parlamento, me adjudicará la herencia de Borbon? dijo al almirante.

—El parlamento hará cuanto querais, contestó éste.

—Está bien; pero tenemos un nuevo enemigo muy cerca. ¿Sabeis que acaba de llegar esta misma noche de Milan el mariscal Lautrec?

—Lo sé, y sé tambien que vá á venir con el duque de Borbon á hablar al rey.

—Estoy perdida, si hablan los dos á mi hijo!

—Y el rey, dijo Bonivet friamente, está aguardando á Borbon con la mayor impaciencia.

—Vendrán á acusarme, dijo la reina con el mayor terror, á presentar á mi hijo la libranza que di al intendente Semblanzay del dinero que se destinó al ejército de Italia. Es preciso que ese documento venga á mis manos. No escuseis nada, oro, promesas, todo.

—¿No sería mejor culparle á él y hacer ver al rey que su ministro es quien lo ha robado?

—Es imposible. Está estampada mi firma en el recibo,

y ese documento lo guarda Semblanzay como su honor como su vida.

—Lo sé, respondió friamente Bonivet, que veia con placer crecer la ansiedad de la reina.

—¿Quereis el collar de la orden de San Miguel? dijo la reina para decidirle.

—No soy duque, ni soy par para poder obtenerle.

—Lo sereis desde mañana. Pedidme lo que querais y lo obtendreis.

—Borbon es el condestable..... dijo Bonivet mirando fijamente á la reina, que comprendió su ambiciosa pretension

—Está bien, tendreis su espada de condestable!

—¿Me lo prometeis, señora?

—Desde este instante os llamo ya condestable Bonivet.

Bonivet sacó lentamente de su rica escarcela un papel, gozándose en contemplar algunos instantes la impaciente ansiedad de aquella muger, de aquella reina altiva que se hallaba bajo su poder, y despues alargándoselo le dijo deslizandose en sus oidos en voz baja estas palabras:

—Esta era toda la esperanza de vuestros enemigos. Ved vuestra firma, rasgada.

Rasgó la reina el papel, apretó en sus convulsivas



manos los pedazos y los arrojó despues á una de las chimeneas del salon.

—¿Habeis salvado mi honor! tendreis la espada de condestable. Ahora nos es mas fácil arruinar á Borbon. ¿Mas cómo habeis conseguido sustraer ese precioso documento?

—¡Milagros del oro! replicó Bonivet. Con seis mil escudos gané á seis valientes, que han acometido al hijo de Semblanzay cuando traia para entregar á Borbon vuestro recibo. Se han batido con los hombres de armas del duque, han herido al hijo del ministro, y el uno de

estos disfrazado de religioso so pretexto de atender á la salvacion de su alma, le ha registrado perfectamente y ha dado con lo que buscábamos. Despues para que no hablase....

—¿Entiendo!... En buen hora hagan alianza Borbon y Lautrec. Yo haré que caiga sobre su cabeza la acusacion que intentan lanzar sobre mí. Ahora vámonos al baile....

Y cogiendo el brazo de Bonivet atravesó con paso magestuoso, radiante de alegría el salon, distribuyendo graciosas sonrisas entre las turbas de los cortesanos.

Entró á poco el condestable Borbon, y se dirigió á donde estaba el rey Francisco I. Besóle respetuosamente la mano. El rey, picado sin duda por lo poco que se había apresurado en verle el duque, recibióle con frialdad, diciéndole:

—Empezaba yo á dudar, primo, si vendriais hoy á verme. No es ley en los nobles hacer aguardar á los reyes.

—¿Creeis que he llegado tarde? tal vez sea demasiado, presto para algunos.

—¿Lo decis por la demanda que mi madre va á poner sobre la reversion al estado de la herencia de vuestra esposa?

—No temais que os hable de eso. El parlamento cual juez decidirá quien tiene razon.

—Tarde habeis venido, primo, pero con tanta altivez como si diéseis capitulacion á los imperiales. Mas parece que estais en un campamento que en mi corte donde buscáis favor para la decision de vuestra fortuna.

—Fio á la ley mi justicia!

—Y yo os juro que se os hará, replicó incomodado el rey.

—Tanto creo que me la hareis, que por eso he venido á tomar la defensa de los que la imploran de vos.

En aquel momento el mariscal de Lautrec salió de entre las gentes de la comitiva del condestable y se presentó á la vista del rey. Esteen el colmo de la irritacion.

—¿Cómo habeis venido sin mi orden? le dijo. ¿Qué habeis aquí, Lautrec? ¿y el ejército que os confié?

—Se ha perdido enteramente contestó con firmeza Borbon, merced á vuestros indignos favoritos!

—¿Se ha perdido enteramente, tan brillante ejército? exclamó el rey con la mas terrible desesperacion.

—El valiente Bayardo, siguió el duque de Borbon animándose cada vez mas, ha salvado sus restos. Solo el castillo de Cremona ha quedado firme en el reino de Milan que han evacuado nuestras tropas. Han triunfado nuestros rivales. Sforzia manda Milan. Génova ha sido tomada por asalto por los españoles. El papa y los venecianos se han separado de nosotros. Los suizos faltos de pagas han pasado al campo de Carlos V. Montmorency está herido, los dos Foix perecieron, y otros ciento que han preferido la muerte á rendirse. Sus ayes lastimeros no llegan á vuestro oído, en tanto que aquí resuenan los armoniosos ecos del festín; y tanta sangre y desdoro como dejais en Italia, vedlo aquí trocado en seda y vestiduras de oro! Mirad los diamantes bellos que adornan las torneadas gargantas de esas hermosas mugeres de talle esbelto y gentil, que ostentan sus ricas y costosas galas en estos magníficos salones, que mil luces hacen aparecer con la claridad del día.....

En aquel mismo instante la reina madre con Bonivet seguida de varios cortesanos, atravesó por una de las salas frente donde estaban el rey, y el duque de Borbon. Al verla gritó éste:

—¡Plaza! ¡plaza, caballeros! Mirad pasar ese lujo que produce la pérdida de nuestros valientes guerreros! Con las armas en la mano han muerto en la miseria para que aquí luzcan hoy su opulencia los cortesanos. Y tanta sangre y desdoro como hay en Italia, vedla aquí trocada en seda y vestidos de oro!!!

Conmovido profundamente el rey dijo:

—¡Qué cese el festín! ¡Quiero vestirme de luto!

—¡Vestios mas bien de acero, dijo Borbon, y procuradlos vengar!

Terrible fué aquel momento. Un silencio, un abatimiento general veíase retratado en todos los semblantes. El rey hizo con la mano una señal al mariscal Lautrec, para que se aproximase á él y le dijo:

—Habeis oído la acusacion que el condestable ha hecho á mi corte, y el condestable ha hablado en vuestro nombre.

—Probaré la acusacion, respondió sin turbarse Lautrec, sabeis que jamás he mentido. Cuando vuestra magestad me escribia que me mandaba cuatrocientos mil escudos para pagar el ejército, aquí mismo en vuestra corte se consumian esas cuantiosas sumas. De aquí, señor, el desastre de mi ejército que un día puso á vuestras plantas rendida toda la Italia!

—¿Quién ha osado disponer de esas sumas? dijo irri-tado el rey.

Inclinóse al oído del rey el duque de Borbon y le dijo:

—Vuestra augusta madre, señor! Semblanzay os podrá dar el recibo con su firma.

Cogió entonces el rey con fuerza el brazo de Borbon.

—Primo, si fuese verdad, vereis mi venganza! Ni el ser mi madre, vive Dios! la ha de libertar de ella, mas cuenta que es ingeniosa la mentira! Que venga al punto mi intendente.

Pareció en aquel momento el intendente Semblanzay, pálido, abatido, confuso, y arrojándose á los pies del rey permaneció así algun tiempo: en vano el rey con impaciencia, el duque de Borbon, el mariscal de Lautrec le instaban á que hablase. Al fin rompió el silencio diciendo:

—Señor, yo vengo á ofreceros mi vida: conocéis cual ha sido ésta, mi honradez y probidad...

—La conozco.... dijo el rey impaciente, ¿el nombre, pronto, del autor de esa rapiña?

—Sabeis, continuó el intendente, que con mi propia fortuna he acudido yo en los graves apuros á remediar las necesidades del estado....

—Lo sé muy bien, dijo el rey, adelante!

—Mi desgracia me hace hoy aparecer ante vuestros ojos autor de este crimen. Esta misma noche, cuando habia mandado á mi propio hijo por el recibo que tenia de haber entregado esta cantidad, el recibo ha sido substraído, mi hijo acometido y herido, y tal vez espira en este instante. Quien recibió las sumas estampo su firma en el recibo; pero su autoridad es muy grande, tiene su silla bajo del trono, al igual de la vuestra, la corte toda y el pueblo se postra á sus plantas.... Vos no creereis, señor, que yo haya desmentido sesenta años de intachable probidad y que haya querido mancillar mis canas. Recordad cuantas veces en vuestra tierna amistad me habeis llamado vuestro padre! Imágen de Dios sobre la tierra, leed, señor, en mi corazon cual Dios mismo, mi inocencia.

—Semblanzay, dijo el rey con terrible severidad, en Montfaucon está levantada la horca donde mi justicia castiga á los criminales. Ingrato á mis bondades habeis sido, raptor, si, raptor de mis caudales, y á la rapiña añadís el calumniar á mi madre. Os habeis prestado á ser el instrumento de los que maquinan perder la honra y gloria de mi madre que es la honra y gloria mia. ¡Levantaos, miserable! Alejadlo de mi vista, añadió despues dirigiéndose á uno de los magistrados que habia en el baile, y que mañana la Francia toda sepa como sé castigar á los grandes ladrones.

Volvióle el rey la espalda, y casi en brazos sacaron de los régios aposentos desmayado al desgraciado anciano que con un solo golpe habia perdido en aquella noche supoder, su honor, su hijo y su vida!

Grandes acontecimientos aguardaban el duque de Borbon y el mariscal de Lautrec, viendo que les faltaba la prueba, único cimiento sobre el que habian levantado todo el edificio de sus esperanzas.

El rey volviéndose á los cortesanos mudos de sorpresa, y de asombro:

—A vosotros, caballeros, les dijo, á vosotros á quienes culpa la envidia de nuestra derrota en Italia toca lavar nuestra afrenta, conquistando á Milan. Venganza piden á gritos nuestros soldados sin vida. Marchemos á casti-

gar la osadía de las tropas españolas, que si hoy confían en su número encontrarán en nosotros doble valor y constancia. Yo os mandaré en persona. Os guiará mi espada vencedora en Rosbac y en Mariñan! El duque de Lorena mandará la vanguardia. El mariscal Lorquet conducirá las tropas que el condestable mandaba. Pronto, muy pronto doblaremos las altas y nevadas cimas de los Alpes, tomaremos á Milan, sin que pueda nada resistir á nuestro valor, ó verán los españoles como un rey pierde la vida!

Volvióse luego al duque de Borbon y con rostro airado y severo

—Duque de Borbon, le dijo, saldreis de mi corte apenas despunte la aurora; el mariscal de Lautrec podrá haceros compañía. Repared que si esta vez la caída es el destierro podrá ser sombra de muerte, pues os retiro mi gracia. No os fieis en vuestra alteza, porque la saña de los reyes imita al rayo que hiere súbitamente y derriba lo más alto!

Y al mismo tiempo volvió la espalda, y salió de los salones del baile seguido de la turba de cortesanos que dejaron solo al condestable y al mariscal, que quedaron por algun tiempo mirándose el uno al otro sin proferir una palabra, el mariscal dijo al fin:

—¡Muy irritado está el rey!

—Nos quieren mal, traidores que con él hoy privan. El es fácil, falsos ellos, y nos destierran.... ¡Ay de ti Francisco I, que si te malquistas conmigo, no te haga yo ver desde el castillo donde imprudente me confinás que en las guerras que se fian á los cortesanos, está asida de un cabello la corona de los reyes! ¡Ay de ti si quiero yo cortar ese cabello!!!

Al amanecer salían el duque de Borbon y el mariscal de Lautrec de Paris, el primero para su castillo de Moulins, el segundo para Alemania.

Dos días despues pendía de la alta horca levantada en Montfaucon, el cadáver de un anciano. El pueblo contemplaba con avidez aquel espectáculo, raras veces presentado á su vista, porque si bien casi todas las semanas en Montfaucon habia ejecuciones, el que contemplaban entonces sus ojos era un poderoso señor, un ministro, el intendente Semblanzay!!!

III.

Hacia algunos meses que el duque de Borbon se hallaba en su castillo de Moulins, donde el rey Francisco I le habia confinado. Al marcharse con su ejército á Italia, se habia dirigido á ver al condestable, de quien vivia receloso, porque personas amigas de su rival el emperador Carlos V, habían ido á visitarle y habían sido de él perfectamente acogidas. Procuró el duque obsequiar, aunque estaba agraviado, á su rey, y á pesar de la estrechez á que le habia reducido la sentencia del parlamento que le privó de la herencia de su esposa, adjudicándosela á la duquesa de Angulema, reina madre.

—Satisfecho debe de estar el rey del recibimiento que le habeis hecho, dijo al duque el conde de Burens.

—En efecto, contestó el duque. Por mas que pese á la reina madre y al parlamento que me han despojado de mis bienes, aun con mis alhajas he podido presentarme ante el rey como quien soy y no como un noble arruinado por las pasiones ó el juego.

—¿No adivináis el objeto de la visita del rey? dijo el conde de Burens.

—Se marcha á Italia, y yo me quedo en Francia y agraviado, y no es prudencia dejar un enemigo á la espalda.

El conde Burens era un señor aleman, muy hábil en la política y que el emperador Carlos V, habia diestra-

mente con un pretexto especioso; colocado al lado del duque tan luego como supo sus disensiones con el rey. Carlos V conocia todo el valor del condestable, y queria tenerlo de su parte. Burens era el hombre mas apropiado para conseguir sus designios. Asi es que le contestó:

—Carlos V en cuyo campo he hecho yo mis campañas, jamás hubiese hecho una ofensa á un caballero de vuestro valor. ¿Por qué, duque no habeis nacido en Toledo, Leon, Gante ó en cualquiera de los inmensos dominios de Carlos V? O, ¿por qué no os declarais súbdito suyo desde luego? El os haria en su imperio el segundo, y estad seguro que á un héroe que cual vos le hubiera conquistado un reino, no tendria por desproporcionada recompensa el otorgarle una corona!

Lanzó un profundo suspiro el duque de Borbon, y exclamó luego.

—Francisco! que en Mariñan luchastes como un valiente leon, ¿cómo te trueca una muger en un tímido cordero? ¿cómo abandonas tu poder á sus caprichos? Una palabra de tu madre ha bastado á borrar todos mis gloriosos hechos! ¿Por una lágrima suya me has arrebatado mi hacienda! ¿Quién me responde que mañana no estés dispuesto á entregarla por una sonrisa mi cabeza?

—Pronunciad solo una palabra, dijo el conde Burens, y puedo daros en el acto el mando de los ejércitos imperiales en Italia.

—¿Depende acaso eso de vos? replicó sorprendido el duque.

Sacó entonces el conde de su bolsillo una carta con el sello del emperador, y haciendo una profunda cortesía le dijo:

—Tengo el honor de ser portador de este nombramiento.

Apoyó el duque su cabeza en ambas manos: fuego discurría por su sangre. Confundir á los cortesanos que le habían ofendido, humillar al rey Francisco I, y llenar de su venganza y de su gloria el mundo entero, tales fueron los pensamientos que rapidísimamente cruzaban por su acalorada imaginación. Burens demasiado conocedor del corazón humano veia la lucha en que se hallaba Borbon, vióle titubear un momento, y para acabar de decidirlo, le dijo:

—Ademas del mando de los ejércitos de Italia, el emperador, mi augusto amo, se compromete á erigir en reino vuestros estados, añadiendo el Delfinado y la Provenza. Promete ademas daros en matrimonio á su hermana doña Leonor, viuda de Manuel I rey de Portugal. Ved, duque, ved, y al mismo tiempo, le mostraba la carta, el sello del emperador, de cuyo puño está escrito el ofrecimiento.

Precipitose el duque de Borbon sobre la carta que le ofrecia el conde Burens, leyóla rápidamente para sí, sin proferir ni una sola palabra, sin dejar ver en su rostro la mas leve señal de alteración. Burens esperaba con ansiedad. Despues de un momento devolvióle el duque la carta.

—¿Y qué diré al emperador? preguntó Burens.

—Que no acepto sus ofertas, respondió con frialdad el duque.

Un page entró á avisar al duque que el rey que habia salido á recorrer los alrededores del castillo acababa de llegar.

Pocos momentos despues entró Francisco I seguido del almirante Bonivet y otros cortesanos. Al ver el rey allí al conde Burens arqueó las cejas con marcado disgusto, sin embargo, procuró reprimirle, y alargando la mano con afectada afabilidad al duque de Borbon

—La hospitalidad que he recibido de vos, ni un rey me la hubiera ofrecido!

—Huélgame mucho, contestó el duque, de que esté satisfecho vuestra magestad. El parlamento lo hubiera

estorbado si hubiese podido. Poco me resta ya de mi pasada opulencia, y merced á su sentencia se ha mudado mi fortuna, mas en su pronta mudanza aun me resta un rayo de su rueda en que sostenerme firme.

—No es fieis en ese rayo porque puede quebrarse tambien.

—Tengo mi esperanza en Dios!

—El os guarde, primo, esta tarde voy á marchar y antes quisiera hablaros.

—¿Tan presto os partís?

—En cuanto repose de la fatiga del camino. Voy á castigar la liga que allá en Italia han formado el emperador y el papa, y algunos traidores que con capa de leales le han ayudado. Os dejo mis gentes mientras reposo un momento obsequiados como quien sois.

El rey que habia pronunciado estas palabras con marcada intencion se retiró al aposento que le tenian preparado. Borbon le acompañó hasta dejarle en él, y luego llamando á su escudero Ponthus de San Roman, le encargó hiciese los honores de su castillo, no queriendo hacerlos él mismo á cortesanos que tan mal se habian portado con él, ó porque atenciones mas interesantes á su corazon le llamaban á otra parte.

Retiróse el duque y comenzaron como es ordinaria costumbre entre gentes de la corte, á murmurar del ausente, lanzando irónicas y epigramáticas palabras sobre la conducta del duque Carlos de Borbon. Indignése San Roman y procuró atajar aquellas conversaciones, pero lejos de reportarse los palácigos dieron un giro mas maligno á sus palabras.

—Estraño es, dijo el uno de ellos, el calor con que tomáis la defensa del duque. Aquí el ofendido toma la defensa del ofensor!

Quiso San Roman echando la mano al puño de su espada contener al imprudente que así le denostaba, pero Bonivet se puso de por medio tratando de apaciguarle, cuando el que así le habia provocado añadía:

—¡Dejadle que me mate, que por eso no querrá menos el duque de Borbon á su bella Susana!!

—Mentís, mal caballero! repuso en el colmo de la indignacion San Roman, vuestra venenosa lengua osa manchar el nombre mas casto y puro, el de mi esposa! Yo os reto á que en buena lid, á que delante de toda la corte me deis satisfaccion de la ofensa que tan cobardemente acabais de hacerme.

El almirante Bonivet con semblante hipócrita y tomando un tono conciliador le dijo:

—Hareis mal en divulgar entre la multitud curiosa una cosa que hoy saben pocos, y pues vos asegurais que no conocéis las relaciones del duque con Susana, á nosotros nos toca creer vuestra palabra; y... compadecerlos.

Mortalmente hirieron estas hipócritas y envenenadas palabras la noble alma del fiel escudero, que volviéndose á todos los cortesanos

—No creais, les dijo, lo que con villana lengua afirma este impostor. El duque es hombre de honor, Susana pura y hermosa, ¿porqué quereis hacerme odiarlos? No cabe en ellos tan negra traicion.

—¿Y si os diésemos la prueba? dijo el almirante.

—Seria una prueba mentirosa, engañadora! contestó San Roman.

—De vos pende... antes de una hora, tal vez en este mismo instante, replicó Bonivet.

—¿Una prueba! exclamó San Roman, por Dios no acabeis de hablar. Nada quiero saber. Temo que alucinado con vuestras palabras voy á caer en un lazo que me habeis tendido. ¡Engañarme ambos! Imposible... imposible.

Con voz lenta y reposada cogiéndole de la mano, le dijo Bonivet:

—Habeis dejado á Susana en París... ¡pues bien, Susana está aquí! por medio de una anciana que la ha acompañado, ha pedido una cita de amor al duque....

—¿Dónde? ¿dónde está esa muger? exclamó furioso San Roman, bajo la alucinacion que le inspiraban las palabras del almirante Bonivet.

—¡La vereis, vive Dios! contestó Bonivet, que abriendo una puerta cogió de la mano á una muger anciana, y presentándola á San Roman, le dijo. Esta muger os dirá donde se hallan el duque y Susana!

Hizo un saludo que abismado en su dolor, no vió San Roman y se retiró con los demas cortesanos satisfecho de haber procurado un nuevo enemigo al duque de Borbon.

San Roman que apoyado sobre el respaldar de un antiguo y gótico sillón, habia visto llegar hasta él á la anciana como una aparicion fatídica, volvió de su abatimiento y con terror la preguntó:

—¿Quién sois?

—Una muger, contestó la anciana, á quien un dia hicisteis prender por loca y por bruja, á quien maltrataron las gentes del duque de Borbon.

—¿Qué me importan tu locura y tus desgracias, anciana? ¿Conoces á Susana? ¿puedes revelarme donde se halla ahora? Si has de mentir calla, por que te mataré.

—Lo sé: contestó con firmeza la anciana.

—¿Está aquí Susana? preguntó San Roman con voz trémula.

—¡Con el duque de Borbon que es su amante!

—¡Maldita sea! gritó enfurecido San Roman.

—No, maldito sea él, que asesinó á mis hijos: yo le persigo incansable: para venir acompañando á Susana he fugido que era una pobre; Susana me ha socorrido compasiva, y con ella he llegado ayer á este castillo; yo he alimentado sus esperanzas, la he engañado con mis lágrimas, la he inspirado compasion, y en el exceso de su piedad ha depositado sobre mi arrugada frente un compasivo beso. ¡Ah! si tanto placer causan los besos de compasion, los que imprima en el delirio del amor, ¿cómo harán estremecer el alma!!!

Estas últimas palabras pronunciadas para encender el celoso furor de un marido, produjeron su calculado efecto, y San Roman fuera de sí, gritó:

—¡Bruja vil de Bercebú huye de mi vista!.... Mas no, dijo un instante despues reprimiendo su ira, sirveme de guia.... dirige mis pasos.... encaminame sin tardanza donde pueda presenciar desfallecido mi desgracia.... mi ruina!...

—Yo os guiaré, la vereis con el duque. ¿Es verdad que cerciorado de vuestro deshonor la matareis? Su amor es adultero, teneis una daga y una espada, yo os mostraré á criminal ¿me prometeis su castigo?

—¡Venderme así los dos! exclamó San Roman.

La anciana prosiguió:

—Su seductor el duque es mil veces mas culpable; pero su venganza toca á Dios. Yo le he predicho su suerte. He leído en su estrella infernal, y cual su sombra, le seguiré hasta la muerte. Contemplo en él una estatua hoy adorada, que arrancada del pedestal, vendrá al suelo sirviendo de ejemplo al mundo, siendo maldito su nombre en las futuras generaciones. Entonces ese instante pagará todos mis afanes. No lo dudeis, llegará el dia de la venganza.

—¿Cuánto odiais al duque de Borbon, no ví jamás un odio tan profundo!

—¡Bien pronto le odiareis mas, cuando le veais en los brazos de Susana!!! Venid por aquí, y tened valor.

Y al mismo tiempo cogiendo de la mano á San Roman le hizo entrar en la estancia de donde ella habia salido: al entrar echó mano al puñal San Roman diciéndola:

—¡La muerte vá en este acero! Si mientes ay de ti!!!

A poco tiempo entraron en aquella misma estancia el duque de Borbon y Susana, aquel se despedia de ella, que para detenerle le decia:

—¿Tan pronto te vás, Carlos?

—Susana, quíerelo así al rey, que pretende hablarme á solas antes de partir á Italia, y las órdenes del rey son sagradas para mí.

—Con fingido nombre y trage he logrado verte al fin; lejos de ti pasaba tristes mis días; cuando te he visto rodeado de tantos enemigos, consultando solo á mi amor, y sin reparar en riesgos, he volado á Moulins donde existía mi alma. ¡Ay! desventurada de mí ¿para qué he venido? para olvidar mis deberes, para perder la tranquilidad de mi alma.

—Tú sola me haces olvidar, hermosa Susana, lo que fui un tiempo, y al encontrar tu amor he recuperado cuanto he perdido.

—¿Será verdad que me amas tanto como me has dicho? ¡Ah! sí, ¡qué un héroe como el duque de Borbon no puede mentir!

—¿Te arrepentirías del sacrificio que has hecho por mí?

—¡Ah! nunca, nunca! respondió Susana con exaltada pasión. Solo respiro por ti, al contemplarte en peligro lo he olvidado todo y he corrido á consolarte. Una infeliz anciana fué la que ha guiado mis pasos desde París, esa muger te entregó mi billete. Dios recompensará los cuidados que con tanto afán se ha tomado por mí. Esa muger es de Italia donde yo nací también. ¡Ah! con qué placer recorrería yo contigo ese bello país lleno de tu gloria y de tu nombre! Te mostraría el sepulcro donde con piadoso ardor me escondió mi padre un día mientras en torno de un templo se daba una sangrienta batalla. Me acuerdo de todo esto como de un lejano ensueño, pero te estoy deteniendo con estas cosas, cuando debes ir á ver al rey que quiere hablarte.

—Volveré al momento que el rey se marche, dijo el condestable dándole un amoroso beso en su frente, y dirigiéndose hacia la puerta para salir de la estancia. Al ir á marchar, Susana cogiéndole del brazo con amor procuró detenerle aun diciéndole:

—Presumi volver á verte como un amigo y nada mas, ¿pero qué muger podría resistir á tanto amor?

—¡A mí me toca pagar tanto cariño!

—¡Yo te he amado siempre, Carlos, desde el punto en que te vi. Una invisible cadena unió mi destino al tuyo, y nuestras almas se unieron como al árbol la raíz, como las flores que brotan en un delicioso jardín se unen al sol que las da color en abril, como el arroyo que nace para correr presuroso á enlazarse con el mar como su término y fin!!!

El condestable deseaba poner término á esta amorosa conversación.

—Susana, la dijo, advierte que en esta estancia puede venir alguno.

—¡Cuán presto vuelan las horas! voy esta noche á marcharme, para que nadie se aperceba de mi salida de París, ¿y tu labio enamorado nada tiene que decirme ya? Me acuerdo que algun día sin descansar y dormir, olvidándolo todo solo pensabas en mí. ¡La posesion habrá entibiado tu afecto! ¡Será cierto que el deseo que toca á su ansiado término es antorcha que se apaga, luz que se empieza á extinguir? ¡Ah, no me sucede á mí así, Carlos!

—No olvides, Susana hermosa, que solo vivo por ti, pero recuerda que me está esperando el rey!

—El rey bien puede esperar! solias decir otras veces.

En este momento oyóse rumor de gentes en los patios del castillo, el condestable se asomó á una ventana y volviéndose luego á Susana la dijo:

—¡Silencio! El rey y su corte se dirigen á esta estancia. Me importa que no te vean, procura ocultarte Susana. A Dios, el rey viene, salgo á recibirle.

El duque salió de la estancia para recibir al rey. Susana va á dirigirse por la puerta por donde entró antes con la anciana, San Roman. Al tiempo de abrirla aparece éste en ella, Susana da un grito de terror, y se precipita para huir por la otra por donde acababa de salir el duque

de Borbon. San Roman coge con fuerza el brazo de Susana que temblaba aterrada al ver la repentina aparición, San Roman la arrastra hasta la estancia donde habia permanecido oculto, diciéndola con una frialdad horrible:

—¡Señora cuán ciega estais! No es por ahí, el rey va á llegar, silencio, venid conmigo. El oprobio y la vergüenza os evitaré sufrir, de que debierais moriros, muger infame y adúltera!!!!...

Desapareció por la puerta con su muger, San Roman, en el momento en que el rey Francisco I y el duque de Borbon entraban con varios de la corte en la estancia. A una señal del rey se retiraron todos quedando solos el rey y el duque.

—Quiero que hablemos de cosas que á los dos nos importan mucho, dijo el rey haciendo sentar al duque á su lado. Este con el mayor respeto le contestó:

—Os escucho, señor, con la mayor atención!

El rey continuó con firmeza, y observando cuidadosamente al duque.

—Ganaré el Milanesado, batiré al emperador, desharé la liga que en Italia han formado contra mí, castigaré á Venecia, Génova, Florencia y Luca temblarán en mi presencia, y haré que se humille Roma. Por su mal se han alzado contra mi ese nido de serpientes que cobija el águila imperial, y que á la sombra de sus alas ostentan tanta audacia; yo cortaré la cabeza al águila, que no me asombra en lucha franca Carlos V por rival, y tiemblo un amigo alevé que en el interior de mis reinos mientras yo combato fuera, dé entrada á mis enemigos pérfidamente.

El duque sin alterarse y con la mayor tranquilidad contestó:

—Si alguno abriga tan pérfido proyecto debeis castigarlo al punto; no debeis deteneros ni un instante.

Desconcertó al rey esta respuesta, y continuó mas afable.

—Siempre he resistido creer que hubiese cerca de mí quien teniendo mi propia sangre pudiese venderme...

El duque con altivez le interrumpió:

—Señor, los cortesanos que os privaron de Milan, también os robarán el amor de vuestros pueblos, ellos perderán el reino si no atajais sus excesos, el pueblo hace con sus gritos que podais conocerlos. Esos los traidores son, yo fui leal siempre! Conocedlos, señor, que aun es tiempo.

Reprimió el rey un movimiento de indignacion y acercó un poco mas su silla á la del duque.

—Y á quién mejor se puede acusar ¿á ellos ó á vos? Aquí abrigais los descontentos. Si Lautrec acusa un día á mi madre, ¿quién defiende á Lautrec? El conde Burens, agente de Carlos V. ¿por quién es aquí recibido? ¿No goza de vuestro favor? Bien pueden Burens y otros así, reputarse iguales á los que llamais mis amigos, y no debeis mostrarnos celoso de las mercedes que les otorgo, pues apenas subí al trono, os hice condestable y á pesar de que mi madre se empeñaba por Bonivet os entregué la espada de Juan Borbon vuestro padre.

Levantóse el duque de su silla replicando con firmeza:

—¿Olvidais que la habia ganado tinta de sangre enemiga en Borgoña y en Guyena, que gané el Milanesado, que pocos meses despues venci en Mariñan?

El rey hizo sentar nuevamente al duque y procuró calmarle diciéndole:

—Forzoso confesar es que os debí la victoria, no he olvidado servicio tan singular, y si desde entonces acá os he mirado con desden todo queda ya olvidado, os devolveré mi gracia, condestable de Borbon, de mi reino el primer noble, quiero que sea hoy completa nuestra reconciliacion. Os juro que se os devolverán vuestros bienes y feudos de que os ha privado la ley. La reina madre queda durante mi ausencia nombrada regente del reino, y á vos para que le ayudeis con vuestra esperiencia os nom-

braré lugar-teniente. Tan solo exijo en cambio que deis á mi madre la mano de esposo, y que á vuestro rey lo mireis como hijo; vuestra mano y nada mas!

—¿Señor, jamás! contestó el duque.

El rey se levantó de su asiento diciendo:

—Lo he prometido y ha de ser.

—Antes daré mi cuello al verdugo que mi mano...

El rey, mordiéndose de cólera el guante gritó:

—¿Es mi madre!

Borbon continuó:

—A quien intenta gobernar el estado, subastándolo, vendiéndolo todo á dinero....

El rey imponiéndole silencio con la mano.

—¡Silencio!

Borbon continuó fuera de sí.

—Que no queda quien ignore su deshonor, que hará acuñar vuestra corona de oro en moneda!

—¿Pretendeis insultarme mancillando así su honor! y al mismo tiempo con el guante que tenia en la mano dió un bofetón en la cara al duque de Borbon. El duque echó con violencia mano á la espada, cuya mano permaneció como clavada allí.

¡Terrible situación! Abrióse al mismo tiempo la puerta de la estancia, entraron los cortesanos y las gentes del duque. Hubo un silencio aterrador, que interrumpió el almirante Bonivet, quien despues de mirar al duque dijo al rey:

—¿Llamó vuestra magestad?

El rey aparentando la mayor calma.

—No he llamado, contestó, mas pues todos están ya prontos, á caballo y á Milan, á vencer ó morir allí!

Salió el rey seguido de su corte. El duque de Borbon permaneció inmóvil. Todas sus gentes estaban admiradas, nadie comprendia lo que pasaba. El duque rompió al fin el silencio.

—¿Ha sido respeto ó miedo?... ¡Un bofetón!... No puede ser, pues aquí estoy quieto, y el rey se retira vivo!

Cogiendo despues convulsivamente la mano del conde de Burens que habia entrado con la gente del duque, continuó:

—Burens mirad mi rostro, tocadlo todos, mirad como abraza el fuego que ha hecho saltar la manilla! Desde hoy ya no cabemos los dos sobre la tierra!

El conde Burens con hipócrita compasion le dijo:

—Dadme licencia, señor, para que pueda marcharme. Contaré al emperador mi amo cuanto os he visto sufrir. ¡Que así se dejen tratar hombres de vuestro valor!!!

—No marchareis solo, conde Burens, dijo el duque, yo os acompañaré:

Siguióse un silencio general, silencio terrible y que precede á las grandes resoluciones. Borbon con las manos cruzadas dió unos cuantos paseos, y mirando despues á Burens le dijo:

—Dadme la carta del emperador.

Entregósele el conde Burens respetuosamente. Abrióla el duque y la leyó rápidamente, el conde Burens llegóse al duque preguntándole:

—¿Qué resolveis?

—Ser el general del ejército imperial de Carlos V en Italia.

—Yo me dirijo á Toledo donde se halla el emperador, dijo el conde Burens.

—Antes de que el rey se aperciba de mi resolución, es preciso ganar por distintos puntos el territorio español. Juro yo, Carlos Borbon, no envainar mi espada hasta quedar vengado de mi afrenta, y que Francisco de Valois rendido por mí, invoque mi perdón! ¡Si olvido mi juramento airado, máteme Dios! quiero mudar de divisa y cambiar de pendon. ¡Desde hoy será de color de sangre con una espada de fuego, y la palabra venganza escrita á su alrededor!

Aquella misma noche partió el duque de Borbon con todas sus numerosas gentes, llevaba la espada desenvainada segun su juramento, y les animó al salir de su castillo á no volver sino vengados. El caballo rehusaba obstinadamente partir, cogiólo de las riendas Pomperant.

Uno solo se habia negado á acompañarle. Reconvenido por el duque, dióle á entender que no queria admitir mercedes del que le deshonoraba. Este servidor era el mas querido del duque Ponthus de San Roman.

Ese solo quedó en el castillo de Moulins.

—Hombre débil sin valor, le decia la anciana, que le habia hecho conocer su deshonor. ¿Cómo no has muerto á Susana?

—Anegada en triste llanto, respondió San Roman, puesta á mis pies de rodillas, me pedia la vida. Ya tenia alzado sobre su cabeza mi puñal, ya me disponia á herirla, mas mi mano no puede herir á la que tanto he amado, la he dejado que se aleje y que huya de mi vista!

—¿Qué vaya á buscar su amante, dijo con maligno acento la anciana, y que viva alegre con él! Mas de Borbon es ya infalible la pérdida! ¡Es un traidor!

—¿Quién sois, muger ó demonio que atesorais tanta ira?

—¿Quién? contestó con dignidad la anciana. Mis abuelos ciñeron un día la corona ducal de Milan, esa corona que envidian Francisco I y Carlos V, y por la que alteran el mundo. ¡Ojalá que en mil pedazos dividida esa corona sepulte á ambos competidores! Así quedaria vengada Césara Visconti. Ahora voy á estorbar la huida del de Borbon y sus gentes y á rebelar al rey su perfidia.

Ponthus de San Roman que habia escuchado las palabras de la anciana, creyóla como antes la habia creído en Paris, una loca, y trató de encerrarla por algun tiempo en el castillo que habia abandonado el duque.

—¿Y vos le defendeis? gritaba la anciana.

—No saldreis de aquí, respondió San Roman, hasta el día que el duque logre llegar á los estados de Carlos V. La venganza del agravio de mi honor la fio á la justicia de Dios. Ir á vender la cabeza del duque, delatarle, es una villanía; mientras Borbon no esté en salvo os tendré encerrada, vieja loca y maldita!!!!

(Se continuará en el próximo número.)

JOSE MUÑOZ MALDONADO, CONDE DE FABRAQUER.



COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DE LA ROMERIA

TITULADA LAS VUELTAS DE SAN ANTON.

Collo mea conentit era,
Nosceré quo possit ne nocatur, ait.
Aesque meum gestat, baculo quo cernis in isto,
Quodque rogans aeger, collaque multa gerunt.
(AMBROSIO NOVIDIO.)



Desde que la iglesia católica introdujo el culto del glorioso cenobita egipcio San Antonio Abad, ha celebrado y celebra el pueblo cristiano su fiesta con religiosidad y regocijo, hermanando la devoción con la diversion de un modo singular, que resalta mas en los pueblos de carácter grave como el de los castellanos; pero donde es realmente bulliciosa esta fiesta es en las alegres campañas de nuestros pueblos del Mediodía.

Natural de Egipto San Antonio Abad, donde nació el año 251 de nuestra era, en el lugar llamado Como, cerca de Heraclea, hizo una vida austera entregada á la penitencia con tal afición, que pasó 20 años en una cueva sin ver á nadie, y despues que su ejemplo de santidad pobló aquel desierto de monges que adoptaron su doctrina y método de vida, murió á los 103 años de edad el año de 361. Dejando la historia de su vida egemplar por no hacer ahora á nuestro propósito, y la cual puede consultar el curioso y devoto en el tomo I.º del Año cristiano, solo diremos que á los 300 años de su muerte se trasladó su cuerpo á Alejandria, despues á Constantinopla y de allí se condujo á Francia, en donde en ocasion de la terrible epidemia llamada *fuego sacro*, que padeció en 1089 aquella nacion, fué su mejor remedio la invocacion del santo, razon por la que le quedó á aquella enfermedad la denominacion de *fuego de San Anton*. La devoción que adquirió el glorioso cenovita por esto fué tal, que se fundó en Francia una religion de canónigos regulares de San Agustin con el titulo de San Antonio Abad, religion que se hizo célebre en toda la Europa, por su caridad y virtuosa vida, y muy particularmente en España que no fué de las mas tardas en admitirla.

Desde esta época es costumbre en todos los pueblos de nuestra España el enjaezar los caballos, y demas bestias de carga, con ricos arreos y porcion de campanillas, el 17 de enero, que es el de la festividad del santo, y pasearlas así engalanadas al rededor de la iglesia en que se celebra su fiesta.

Sin que pretendamos probar que se derive precisamente esta costumbre de los gentiles, recordaremos que en las fiestas que celebraban los romanos al dios *Consus* ó de los Consejos, que no era otro que Neptuno con esta denominacion, se engalanaba en los primeros tiempos de Roma á los caballos, asnos y demas bestias de carga, coronándoles de flores y concediéndoles un com-

pleto descanso todo el tiempo que duraban las fiestas, en las que se sacrificaba á un mulo ó macho en honor de aquella divinidad. Tambien en las fiestas de Marte se coronaba de flores á los caballos de guerra, para imponerles los nombres por que habian de ser conocidos; y en las de *Ceres*, *Tetis* y de *Triptolemo*, los labradores coronaban á los toros y demas bestias de labranza, paseándolos al rededor de la estatua ó del altar de la divinidad, para que las acogiese bajo su proteccion y amparo.

Aun cuando la costumbre cristiana pudiera muy bien originarse, como otras muchas, de las prácticas gentílicas espresadas, sin que por esto fuesen menos santas, sin embargo, creemos y debemos éreer que la nuestra se deriva de la proteccion que se cree dispensar el santo á las caballerías que ayudan al hombre en sus tareas de labrar y fecundizar la tierra, por cuya salud se le pide por sus amos en este dia, puesto que ellas constituyen mucha parte de su fortuna. Por esta razon el dia de San Anton es festivo y de asueto para todos los mayores, zagales y mozos de cuadra, que se complacen en engalanar á porfia sus bestias, en ponerse ellos su mejor trage y en obsequiar á sus esposas y queridas, á cuyas puertas hacen ostentacion de su destreza en manejar sus mulas y caballos, que como si conociesen el objeto de la funcion, marchan sobervios y arrogantes sacudiendo sus penachos y jaeces con graciosa valentia, y sonando con vanidoso continente sus esquilonos y campanillas.

El deseo de que el santo patrocine á las caballerías, tiene establecida la costumbre de dirigir las al templo en que se venera su imagen, á cuyo alrededor se han de dar tres vueltas por lo menos, y esto hace que el sitio en donde se halla situado aquel y sus avenidas, sea una bulliciosa romería á donde acude todo el pueblo la tarde de la fiesta ya á orar, ya á divertirse con algunas rarezas de los mozos que promueven la diversion de mil modos. Las conversaciones de la velada en aquel dia, es en los pueblos el lujo de las caballerías y de sus zagales, ó el de las varias mojigangas con que se han presentado estos. En efecto, este dia, y particularmente en Madrid, le aprovecha la gente de humor del pueblo, en vestirse de máscara con extrañísimos disfraces y grotescos atributos que dan mucho que reír á los concurrentes á la romería.

Desde que se estableció en Madrid la comunidad de monges de San Antonio Abad en el camino de Hortaleza, nombre que conserva hoy la calle en que se fundó este convento, y en donde se halla á cargo de los PP. escolapios á quienes le cedió Carlos IV en 1794, se ha verificado la romería de San Anton en este templo, y todo el que se haya hallado en la corte el 17 de enero, habrá advertido en la espresada calle lo bullicioso de la fiesta, admirado la buena calidad de nuestro ganado, la gracia de nuestras manolas, que en este dia hacen gala de sus mas ricos trages, y la gallardía de nuestros mayores y zagales, y las vanas aprensiones de nuestro alegre pueblo, en grotescas cabalgatas, y en caprichosos disfraces. El espíritu del siglo ha variado sin embargo casi del todo en Madrid el aspecto de esta fiesta popular, y ya hoy es un remedo descolorido de lo que fué en tiempos antiguos, en los que empezaba en este dia el bullicioso carnaval con ostentosas mojigangas, chascos graciosos y ruidoso

petardos, que dejaban muy atrás en locura y diversion a las fiestas de los locos y de los asnos de la edad media, si bien carecían de su irreligiosidad. Una de las cosas mas notables que acontecian en la fiesta popular de San Anton en Madrid, era la coronacion del *rey de los cochinos*, que creemos curioso describir para completar este artículo.

Sabido es que á los pies del glorioso San Anton se pinta ó esculpe siempre un cerdo, símbolo, que así como la cruz en forma de T que es el Tau egipcio, le caracteriza. Segun el escritor eclesiástico Aimanio al que cita el célebre Bolando, cronista de los santos, se pone al santo este animal, por haber Dios obrado milagros en él, por intercesion de su siervo, si bien no falta quien afirme, como dice Ayala en su preciosa obra del Pintor cristiano, que no es cerdo sino un raton egipcio, para denotar que el santo era de aquel pais. Pero Juan Molano copiado tambien por el referido Bolando dice: «que se le pinta con el cerdo, para que entienda el pueblo, que sus bestias, por la intercesion del santo, son preservadas de enfermedades, de suerte que por haberle invocado, y en protestacion de este beneficio, en muchos lugares mantiene el comun un cerdo que llaman de San Antonio» prosigue el autor diciendo: «que significándose en los cerdos los demonios, tal vez aludiesen los antiguos en él á las tentaciones que sufrió de ellos el santo varon» y con referencia á este aserto añade: «que cuando en Roma se dedicaba con rito católico una iglesia que habia sido de arrianos, saltó de ella un cerdo, invisible á la verdad; pero que causó la admiracion de todos aquellos por entre quienes habia pasado.» Despues de esto manifiesta el mismo autor: «que nuestros mayores colgaban del pescuezo de sus animales una campanilla en memoria de San Antonio, protestando de este modo que por los méritos del santo confesor pedian y confiaban, que sus bestias estarian libres de la peste, costumbre que, como dice el poeta Novidio, tuvieron tambien los romanos con respecto al culto de *Consus* y de *Ceres*, que es á lo que aluden los versos que hemos puesto por epigrafe á este artículo.

Creyéndose piadosamente, que San Anton espelia los males de los animales, por lo que los fieles al invocar al santo pueden decirle con razon: *Rerum tutela meorum*, hé aquí el motivo, como hemos dicho, de que se le quiera tanto por todos los que tienen caballerías, y por el que le están consagrados principalmente los cerdos y dedicadas las campanillas que se ponen á las mulas de la labor, los báculos de los pastores y ancianos, y las pellicas con que se cubren los que cuidan á los ganados.

Volviendo á nuestro proposito de describir la antigua costumbre de coronar al porquero ó guarda de puercos que lleva á la vez á los cerdos particulares al campo, ó al que es capataz de una ó mas pjaras, diremos, que hemos visto una orden ó bando del alcalde del concejo ó ayuntamiento de Madrid, su fecha 10 de enero de 1619 por el que se previene: «que la mojiganga del rey de los cochinos no pase por la villa, sino que vaya por fuera al templo de San Anton, en el que no se le permita entrar, ni aguanten los ministriles irreverencia alguna, imponiéndose penas á los contraventores. En otro bando publicado de orden del Consejo en enero de 1697, reinado del místico Carlos II el Hechizado, se prohibe del todo la espresada coronacion por irreverente al culto del santo y por ofensiva á la magestad del rey. Empero á pesar de esto, hallamos haberse verificado una vez en 1722 reinando Felipe V, en cuya ceremonia se originaron varias desgracias, por lo que se repitió el bando de Carlos II y no sabemos se haya vuelto á reproducir.

La fiesta de la indicada coronacion encontramos tenía principio en la capilla de San Blas que estaba en el attillo que hoy lleva este nombre, en el camino ó paseo de Atocha, frente á la ermita del Angel de la Guarda,

que es donde hoy se venera la imagen de aquel santo. En un principio se reunian los porqueros de la villa con los barracos del concejo, y llenándolos de cintas y de campanillas de plata en collares cogidos por mitad del cuerpo y cuello, los ponian á cierta distancia frente de la puerta de la ermita, y aquel que antes llegaba á su puerta en la que se les habia enseñado una artesa llena de cebo, era el designado para rey de los cerdos. En seguida se echaba suertes entre todos los porqueros principiantes en la guarda del ganado, ó sea entre los zagales de menor edad, y al que designaba la suerte, se le vestia de San Anton dándole un báculo por cetro y una campanilla que tocaba á cada instante, y montándose en un burro el mas viejo y matalon que se hallaba, al que se adornaba de sartas de ajos, y de otras frutas extravagantes como nabos, zanahorias, etc. se le conducia en triunfo á la ermita de San Antonio que se hallaba en el recinto que coge hoy el real sitio del Buen Retiro. Rompian la procesion porcion de mozos del campo montados en encintados borricos, tocando unos roncós cuernos adornados con lazos de variados colores, y con caperuzas puntiagudas por sombreros; despues seguian los porqueros conduciendo atados de dos en dos seis cerdos llenos de cascabeles y campanillas; detrás iban los machos de las pjaras con unos grandes esquilonés al pescuezo, y montados en ellos otros mozos vestidos con disfraces ridiculos; seguian luego los barracos de la villa con resposteros ó mantillas muy lujosas acompañando al rey de los cerdos, que habia salido en la carrera, el cual llevaba una corona de ajos y guindillas; y seguia á éste el porquero vestido de San Anton que llevaba por escolta una porcion de chusma montada en borricos y haciendo un ruido infernal con cencerros, cuernos y tambores. Al llegar á la ermita espresada, paraba toda la comparsa, y subiéndose sobre un tablado al cerdo-rey y al jóven porquero, se despojaba á éste de sus insignias, y vistiéndole un manto de estera pintarrizada, se le montaba en el gorrino y ponía la corona de ajos y de guindillas del cerdo, sobre la cabeza, á cuyo tiempo se le proclamaba *rey de los cochinos*, en medio de una espantosa griteria y cencerreo. Vuelta á organizar la procesion del modo dicho antes, y montado el nuevo rey en el asno, al que se le habia ya puesto una mantilla muy grotesca, se dirigia la turba cantando alegremente á la iglesia de San Anton, no sin ayudar los pulmones en el camino con sendos tragos, con los que desocupaban las enormes botas que llevaban. Llegados al templo, los porqueros se acercaban á la porteria del convento á manifestar á los religiosos de San Anton de orden de su rey, bendijesen la cebada y paja que llevaban para dar de comer á sus ganados, y el pan que se les entregaba para obsequiar á la compañía. Los religiosos bendecian aquella y los panes, é imprimiendo en estos la cruz peculiar del santo, se los entregaban al rey de los cochinos que los distribuia entre sus cortesanos, en cuyo caso se repetian los vivas al santo, y el cencerreo y vocerio. Verificado esto, volvía el rey con su acompañamiento á la ermita de San Blas, y allí presidía un gran banquete y un baile general, que á pesar de lo rigido de la estacion, duraba sino llovía, al rededor de grandes hogueras, hasta muy entrada la noche que se disolvía la reunion saludando al nuevo rey, al que duraba el dictado todo el año. Con el tiempo los mal intencionados se valieron de esta costumbre para cometer mil atropellos, obligando por fuerza á los porqueros mas pacíficos á jugar en esta mojiganga, y esto motivó su prohibicion. Si concluyó la coronacion del rey de los cochinos con mucha razon, no por eso ha terminado la costumbre de bendecir la cebada y la paja; que se lleva aun á este efecto en Madrid á los PP. escolapios, y en los pueblos á los sacerdotes comisionados, creyendo saludable piadosamente á las bestias este alimento bendecido.

Lugar era este sin duda de hablar de los barracos de concejo, que aun subsisten en todos los pueblos de España; del juego de los cerdos privilegiados de la edad media, del gran cerdo de San Anton, que se rifa todos los años en Madrid á beneficio de la Inclusa ó sea de los niños espó-sitos, y de otras costumbres á que dá lugar tan inmundo como útil, y aun necesario cuadrúpedo, pero como no todo lo hemos de decir en un artículo, lo reservamos para el que en igual día insertaremos. Dios mediante, el año próximo venidero, y concluiremos este, diciendo alguna cosa sobre los sabrosos y esquisitos panecillos de San Anton, que es el cantar de los bollereros en estos días, y el manjar mas de moda en la festividad de que tratamos.

Como el comercio y la industria procura sacar provecho de todo, los confiteros y los bollereros, vieron desde muy antiguo en esta fiesta, uno de los días en que podían hacer su agostillo, albagando el paladar de los devotos profanos; y aprovechándose la costumbre de los monges, de imprimir la imagen del santo en los panes, hicieron deducir de masa de pasta fina, unos bollitos del tamaño de un duro, y de medio, que denominaron desde luego *panecillos de San Anton*, por que imprimen sobre ellos de relieve la figura de una campanilla, la de un cerdo con ella al cuello, ó la cruz peculiar del Santo.

Desde muy antiguo ha sido galante costumbre el obsequiar los caballeros á las damas con estos panecillos,

ya en la misma romería, en cuyo paseo se comen con abundancia, ya llevándoselos á las casas en bonitos curuchos atados con cintas de colores, lo que es causa de la multitud de puestos de este género que hay en las calles cercanas á la iglesia del santo, y de que las confiterías establezcan este día elegantes aparadores en que ostentan sus esquisitos y aromáticos panecillos, para seducir á los golosos, y llamar la atención de las antojadizas ninfas del Manzanares. Es costumbre tambien el chasquearse entre los amigos, regalándose panecillos llamados de pega, por contener acibar ó otras sustancias amargas, y el dar á las bestias panecillos hechos á propósito que en lo antiguo se espedian por los padres antonianos y hasta por los escolapios, á los que daban limosna para el culto del santo. En la mayor parte de los pueblos la costumbre de los panecillos de San Anton y de regalar dulces está en uso como en Madrid, y en todos por miserrables que sean, hay una imagen pintada ó esculpida, del glorioso San Antonio Abad, á quien vá el pueblo á prestar culto y á pedirle interceda á Dios por la salud pública, pues que es abogado tambien contra la terrible peste, conocida con el nombre de fuego de San Anton, y por la de las caballerías compañeras del hombre en sus trabajos.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.

ESTUDIOS ANEDOTICOS.

LOS TRES AMIGOS DE LEPANTO.



Entre los muchos incidentes que contribuyeron á hacer mas tormentosa y agitada la vida de nuestro inmortal Cervantes, hay uno que sus biógrafos se han abstenido de mencionar no sé por qué razon; acaso les ha parecido esento de verdad, y no siéndolo le omitirian con el objeto de no presentar un ridículo contraste que no estuviese en consonancia con la gravedad de su carácter, pero nosotros, menos escrupulosos en el particular, vamos á referirle, porque nada tiene de extraño y porque de este modo no ignoraremos un lance que á nuestro entender cuadra sobremanera con su desgraciada posicion y armoniza con su mala estrella, siempre dispuesta á mortificar su azarosa existencia.

Era, pues, uno de aquellos días fatales en que el hombre que acababa de dar á su patria un monumento eterno de gloria, no tenia que comer. Habia escrito á su editor para que le mandase un socorro á cuenta de otra obra que ya tenia empezada, y á la cual le habia puesto por título *Persiles y Segismunda*, pero el inhumano librero que ya habia hecho tres ediciones del Quijote, le contestó del modo mas grosero, «que harto bien le habia pagado su obra anterior plagada de malos versos, y por lo tanto que se abstuviera de hacer semejantes peticiones por que ya le tenia fastidiado.»

El pobre Cervantes al leer esta contestacion no pudo menos que lanzar un profundo suspiro, volver á doblar la esquina y meterla en el cajon de su mesa pidiendo tranquilamente al cielo paciencia y resignacion. El hambre, ese constante enemigo de la humanidad que no respeta al grande ni al pequeño, ese azote del pobre, asediaba con insufribles tormentos el vacío estómago de nuestro poeta. Dando paseos por la sala reflexionaba consigo mismo del modo siguiente:

—¿A quién recorro? ¿Al conde de Lemos? No; le he importunado demasiado, me ha socorrido con mucha frecuencia, y no hace tres días que ha proporcionado á mi convaleciente esposa los auxilios necesarios para los baños y su radical curacion. ¿Dejar que me muera de hambre? Tampoco, porque entonces no concluyo mi *Persiles y Segismunda* que ha de darme una gran reputacion literaria.

Pero hay momentos en que brilla un rayo de luz benéfica en la borrascosa vida del desgraciado: han llamado á la puerta de su boardilla, y él mismo se precipita á abrir guiado por una especie de presentimiento que le parece ha de poner un dichoso término á su infortunada situacion.

Con efecto, no bien hubo Cervantes abierto la puerta cuando se dió de cara con un mosfetudo criado, que con un papel en la mano preguntó:

—¿Vive aqui don Quijote de la Mancha?

—¿Don Quijote de la Mancha? No señor, aqui vive el creador de ese personage.

El criado miró el sobre del billete y leyó deletreando:

—Don Mi...guel Cervantes Saavedra....

—Ese soy yo.

—¡Aaaa! A mí me dijo mi señora que iba en busca de don Quijote....

—Le diria á vd. que en busca de su autor.

—Lo mismo dá; en fin; endoso á vd. la carta que me ha entregado supuesto que viene dirigida á vd.

El criado se ausentó y Cervantes pasó á dentro deseoso de saber el contenido del billete. Le abrió con impaciencia y leyó lo siguiente:

«Señor don Miguel Cervantes Saavedra: Si es que puede vd. concebir el anhelante deseo que puede preocupar ó dominar, (que es lo mismo,) á una señora, perpetua, constante y perenne admiradora del autor del Caballero de la Triste Figura, no estrañe ó se admire de este paso que doy para satisfacer tan santa y recomendable curiosidad: soy viuda de un literato; tengo sumo afecto á las letras, y la bella literatura, me enloquece, me arrebatá.... Desde las poéticas márgenes del Guadalquivir he venido á la corte, conducida por el vehemente anhelo de conocer al que se ha inmortalizado para siempre con la ingeniosa obra del Hidalgo de la Mancha. Vive su admiradora, en la calle Ancha de San Bernardo, núm. 4, piso tercero; donde le espera con un sencillo refresco desde las once hasta la una del día de hoy.» *Carolina Batabunda y Pompeya.*»

Cervantes aun cuando halló la carta tan llena de pedanteria, vió que le anunciaban un refresco, el cual por sencillo que fuera proporcionaria un remedio á su

debilitado estómago, y lejos de rehusar este obsequio procuró no faltar, ya que tanto era el anhelo de la tal Carolina por conocerle.

—De once á una, pensaba Cervantes; acudiremos lo mas tarde posible; esto es, á la una, y con eso el refresco me servirá de comida.

¡Fatal meditacion! ¡Vergonzoso cálculo para el hombre que tanto valia! Desde este momento comenzó Cervantes á repasar su único vestido, para presentarse á esta señora con la compostura y decencia debidas; pero su tarea fué interrumpida por la llegada de dos amigos suyos que habian servido con él bajo el mando de don Juan de Austria; esto deberá hacer comprender á nuestros lectores que entrarian con franqueza y que Cervantes no interrumpiria su comenzada faena.

Uno de estos dos personajes preguntó al autor del *Quijote* el motivo de tan prolijo arreglo, y entonces éste refirió cuanto acababa de pasarle. Leyóse la ampulosa epistola invitatoria, en medio de estrepitosas carcajadas; mas uno de los dos amigos de Saavedra preguntó:

—Te cita la tal Pompeya de once á una; ¿a qué hora piensas asistir?



Cervantes contestó que á la una.

Los dos amigos se hicieron una seña de inteligencia y procuraron salir de allí cuanto antes, y Cervantes aun-que estrañó la pronta y repentina ausencia de sus com-

pañeros de armas no sospechó lo mas mínimo del lazo que iban á tenderle, y así fué que prosiguió impasible su faena y esperanzado en el convite. Los camaradas del poeta se llamaban, el uno Ruitondo y el otro Perez Santillan.

—Cuando se vieron en la calle, dijo el primero con semblante risueño y dando la mano á su camarada:

—Chico; vamos á embromar á Miguel.

—¿Cómo? preguntó Santillan.

—Escúchame, repuso Ruitondo. Esa señora que acaba de convidar á nuestro amigo el manco, no le conoce; vamos á mi casa, esconderemos nuestro brazo izquierdo debajo de la ropa, nos presentaremos á ella, yo primero y tú despues; en fin, sígueme y en casa te acabaré de explicar el plan; son las diez y media y aun tenemos tiempo para todo.

Los dos militares de Lepanto comenzaron á andar con extraordinaria precipitación: dejémoslos, pues, que combinen su plan, y á Cervantes esperar con impaciencia la hora señalada para la cita, y vámonos á la calle Ancha de San Bernardo, busquemos el número 4, y despues de haberle encontrado subamos las escaleras que conducen al piso tercero, y situándonos en parte donde nadie nos vea, observemos en una habitacion medianamente adornada, á una señora gruesa que frisa en los cincuenta años y vestida con elegancia, que dá las mas enérgicas disposiciones á sus criados, con el objeto de recibir cual corresponde á la importante visita que ansiosamente esperaba. Esta señora es tartajosa, y en su consecuencia procura hablar lo menos posible á sus sirvientes, haciendo por señas lo que debiera por medio de la palabra; despues de haber dado el sencillo bosquejo de doña Carolina Batabunda y Pompeya, pasemos á saber lo que en esta casa sucedió.

Al fin han llamado á la puerta y un criado acaba de anunciar al señor don Miguel Cervantes Saavedra.

—Papa... papase adelante, responde la literata dándose tono.

Ruitondo se presentó en la sala y saludó cortesmente á doña Carolina; ésta le recibió tambien afablemente, y por espacio de algun tiempo hubo por ambas partes un lenguaje mimico y extravagante que terminó Ruitondo rompiendo el silencio.

—Al leer, señora, la elegante y bien escrita epistola que se ha servido dirigirme, no he podido menos que acudir presuroso y lleno de ansiedad á satisfacer los deseos que tanto me honran.

Doña Carolina dió un afectado giro á su cabeza, y echándose aire con el abanico respondió:

—Caca.... cacaballero, vd. me.... mame mefa.... voce y me ha.... me ha.... coco.... colmado de honra.

Ruitondo se mordió los labios para no reir, y procuró hablarlo todo para que la señora no tartamudease tanto. Ultimamente pasaron al comedor, se sirvió el refresco mencionado, y aunque la señora hablaba de literatura mas que de ninguna otra cosa, Ruitondo que mas habia manejado la espada que hojeado los libros, se ponía encarnado sin saber que contestar y aguzaba todo su ingenio para dar diferente giro al diálogo. Esto dió margen para que Ruitondo se acelerase en refrescar á fin de salir cuanto antes de una casa donde tan apurado se veía. Ruitondo sacó su reloj y dijo:

—Las once y media; vd. se servirá dispensarme, señora; tengo mucho que hacer en este momento; mañana procuraré estar mas desocupado para tener el gusto de estar mas tiempo á su lado.

Doña Carolina, no quedó muy complacida de la visita; su mente habia creado otro personage mas poético, pero al fin se consoló con la idea de haber hablado con el autor del *Caballero de la Triste Figura*.

Ruitondo bajó las escaleras precipitado, y cuando se vió en el portal comenzó á lanzar estrepitosas carcajadas. Su camarada Santillan que le esperaba se aproximó y le dijo:

—¿Acabarás de reírte? ¿Qué te ha pasado?

—Chico, el plan ha salido á las mil maravillas; he rescatado; ha creído que soy Miguel.... pero ja, ja, ja....

la tal Batabunda y Pompeya es tartajosa, nuestro amigo Miguel es tambien tartajoso como sabes, y será un chistoso coloquio verlos hablar.... Pero no perdamos tiempo; sube y refresca mientras yo saco mi brazo de este encierro; no quiero ser manco por mas tiempo.

Santillan, sin escuchar mas, subió los escalones de dos en dos, llamó á la puerta del cuarto de doña Carolina y se hizo anunciar con el nombre de Miguel Cervantes Saavedra. La provinciana quedó sorprendida, pero deseando descifrar este enigma dió orden á sus criados que le dejasen entrar; Santillan se presentó, saludó á nuestra literata, y ésta recelosa de algun engaño le recibió con cierta frialdad. Por último le confesó que poco antes habia venido otro anunciándose con el mismo nombre, y que admiraba tan estraña coincidencia.

—Eso puede ser, señora, repuso Santillan, que algun amigo de bromas sabedor de esta cita, ha querido refrescar á costa de mi nombre y le ha tomado para efectuarlo, pero puedo asegurar á vd. que se halla en la presencia del verdadero Cervantes..

El picaresco Santillan espresó estas palabras con tal acento de verdad, que la señora Pompeya creyó imposura la anterior escena, y verdadera la presente, y gracias á Ruitondo, que no ignorando la llegada del otro Cervantes, no habia querido apurar ni los manjares ni los licores, se dispuso un nuevo refresco, durante el cual hubo diálogos animados, brindis de todo género; se habló de literatura, y como Santillan era mas despejado que su camarada y habia leído con particular interés la obra de su amigo Cervantes, pudo dar algunas noticias de ella. Doña Carolina preguntó al supuesto escritor que á que escena del Quijote le tenia mas cariño, y el convidado respondió con rapidez:

—Señora, la escena mas importante para mi del Quijote es aquella en donde pinto las *bodas de Camacho*.

La literata quiso manifestar su franca opinion y dijo que á ella le habia gustado mas el cuento del *Curioso impertinente* y la primer salida del hidalgo manchego de su morada, sobre todo la situacion en la que espresa aquel maravilloso concepto del rubicundo Apolo por la faz de la anchurosa tierra.

—Psch; dijo Santillan con tono de indiferencia, eso lo hice yo jugando; me costó muy poco trabajo la escena del rubicundo Apolo.

¿A qué detenernos? Cuando Santillan creyó que era oportuno, se despidió dando las mas espresivas gracias por su distinguido obsequio, y esta vez quedó la provinciana sumamente satisfecha de que habia tenido en su casa al inmortal autor del *Quijote*; pero desgraciadamente le esperaba un desengaño.

Santillan bajó la escalera con igual precipitacion que su compañero, el que salió á su encuentro.

—¿Qué tal? le preguntó.

—He refrescado, y la literata ha quedado muy complacida y satisfecha; ha celebrado la anterior humorada y ha creído que el verdadero Cervantes era yo.

—Pero calla, dijo Santillan mirando al principio de la calle, allí viene Miguel escondámonos en el portal de enfrente y esperemos su salida.

—Sí, sí, escondámonos y esperemos á ver que nos dice.

Los camaradas hicieron lo que decían: Cervantes bajaba la calle con aire de gravedad y revelando en su semblante la complacencia. ¿Quién duda que iria diciéndole entre sí?

—Hoy comeré bien, mañana Dios proveerá.

—Poco despues se colocó en medio de la calle, vió el número 4, y pasando la última revista á su cuerpo, cubrió su manquedad con la capilla, se atufó el cabello, se miró las botas y entró en el portal erguido y muy satisfecho de su ropage. Los compañeros que le habian estado observando comenzaron á reir de nuevo y llenos de la mas grande impaciencia esperaban el desenlace de es-

ta broma pesada. Pero no perdamos de vista á nuestro infortunado poeta.

Llama á la puerta, y abren; pregunta por doña Carolina Batabunda y Pompeya, le dicen que está en casa.

—¿Quién es vd? pregunta la criada.

Y el immortal escritor contesta que don Miguel Cervantes Saavedra.

Pasan recado á la señora, que estaba en su tocador despojándose de sus adornos, oye el nombre de Cervantes y se enfurece al comprender la burla, pero dispone que le hagan pasar á la sala, y ella acude poco después sin sus adornos de cabeza y encolerizada. Cervantes que se habia presentado con aquella modestia que le caracterizaba, al ver salir á una muger con las apariencias de una demente retrocede asustado. Doña Carolina no puede contenerse y esclama con voz ronca y tartamudeando.

—¡So... pipi... pipi... pipícaro!....

—Seño... ño... ño... ra, contestó Cervantes turbado.

—¡Caca... caca... canario! repuso la literata cogiendo una silla, ¿Se bur... bur... la vd. de... de... de mi?

—No meo... meo... meo... me oye vd... ¡Por caca... caridad. Yo tambien soy tarta... tarta... tartajoso.

—Vaya vd. no... nora... mama... mamala, so inso... len... len... lente.

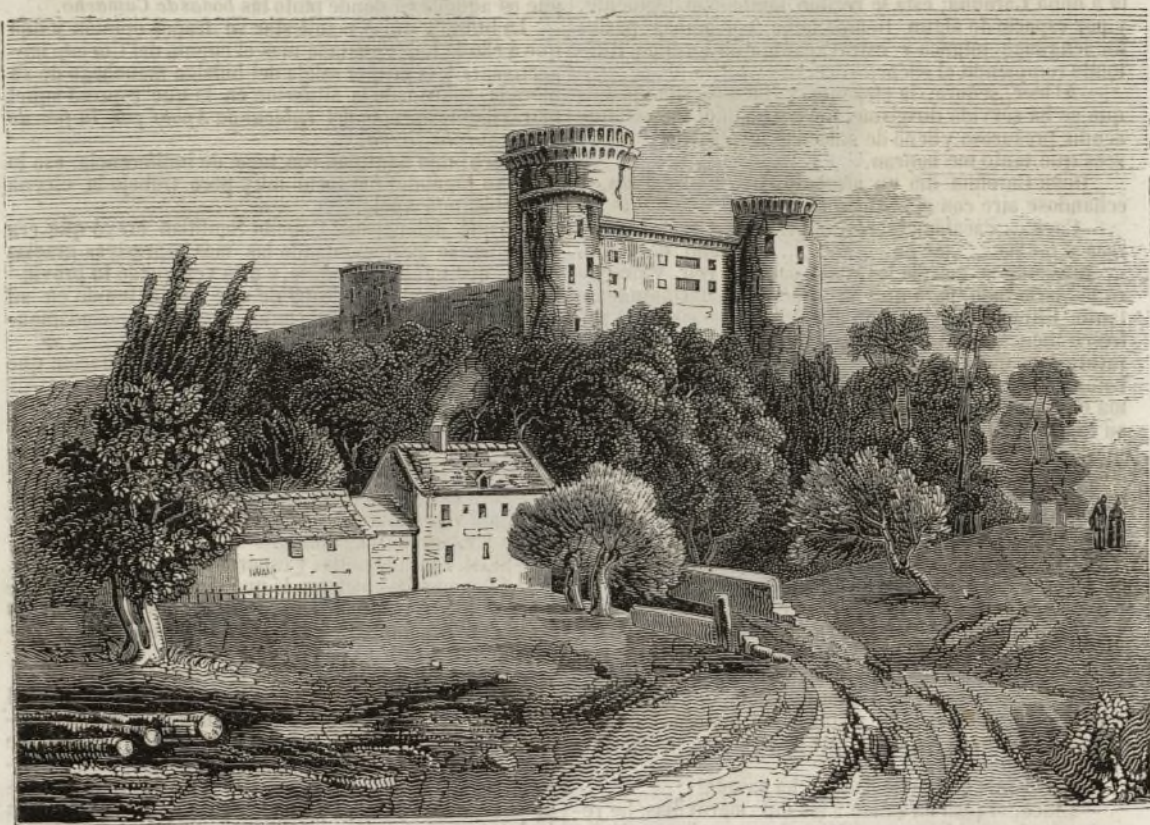
Y lanzando la silla que tenia en la mano fué á parar á las espaldas del desdichado poeta, que turbado y lleno de confusion, bajó las escaleras, no con el contento de sus camaradas, sino con la tristeza y aturdimiento de un hombre que no acierta á comprender lo que le pasa.

Cuando estuvo en la calle, vió llegar á sus amigos, á los cuales refirió el lamentable suceso, estos redoblaron sus carcajadas, y lastimados de su miseria le llevaron á un establecimiento de comer, donde los tres soldados de Lepanto celebraron esta broma pesada.—I. A. BERMEJO.

ESTUDIOS DE VIAGES.—FRANCIA.

Todos los señores de Coucy son conocidos en la historia por algun hecho notable, bueno ó malo; pero el que mas se ha popularizado es el jóven Raul de Coucy, que enamorado de Gabriela de Vergi, esposa de Fayel, fué á Palestina y murió á manos del enemigo. Antes de espirar encargó á un page que le sacase el corazon y lo llevase á su amada que tambien murió de languidez y de pena. Este hecho histórico alterado por el poeta, forma el argumento de la tragedia que lleva el mismo nom-

bre de la esposa de Fayel, y se ha representado en nuestros teatros. El castillo de Coucy se fundó el año 1052 en memoria del gran valor, segun cuenta la crónica, de Enguerrando III, quien noticioso de que recorria los campos un feroz leon, salió á su encuentro, y lo dividió por medio con su tizona. En el dia está muy arruinado y apenas se conservan en pie algunas torrecillas; hace dos siglos el castillo de Coucy era una de las maravillas de Francia, y acaso una de sus mejores fortalezas.



RUINAS DEL CASTILLO DE COUCY